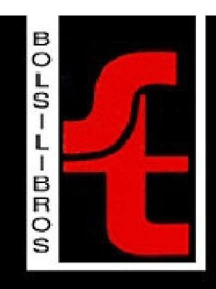


Selección

TERROR

CURTIS GARLAND

LA SUCCION DE LAS MUJERES-VAMPIRO

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

Llegó a espaldas de la rubia que fumaba, ajena a la presencia enigmática de la inquietante mujer. Alzó sus manos y las luces azuladas del vagón se reflejaron en unas uñas sorprendentemente largas y puntiagudas, afiladas como cuchillas.

Después, lentamente, se inclinó hacia el cuello de la rubia, sin que ésta se moviera en ningún momento. Los labios se entreabrieron algo más y algo terrorífico asomó entre ellos.

Unos afilados, largos, centelleantes incisivos.

La mueca diabólica se hizo más cruel aún. La expresión del lívido rostro de la hermosa desconocida, cobró una más profunda perversidad. Los incisivos se fueron aproximando al blanco cuello, a la altura de su carótida. Las manos marfileñas y de uñas agudas se acercaron, como dos siniestras aves silenciosas, a los rubios cabellos de la viajera…



Curtis Garland

La succión de las mujeres-vampiro

Bolsilibros: Selección Terror - 295

ePub r1.0
xico_weno 16.12.14

Título original: *La succión de las mujeres-vampiro*
Curtis Garland, 1978

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPITULO PRIMERO

El vagón restaurante se había quedado desierto.

Trepidaba el convoy vertiginosamente, deslizándose sobre las vías en el atardecer. Ya en el exterior, la luz era azulada y su tonalidad se hacía más y más intensa a medida que avanzaba la noche.

El camarero acababa de abandonar el pequeño mostrador del fondo, tras secar los servicios y alinearlos cuidadosamente en las estanterías. La joven rubia, de formas exuberantes, sentada en una mesa, ni siquiera pareció advertir que se quedaba sola en el vagón, ante un vacío vaso de zumo de frutas, la mirada pensativa, la expresión abstraída.

El único ruido que acompañaba sus pensamientos, era el traqueteo del tren, que aceleraba ostensiblemente tras dejar atrás una curva. La locomotora «Diesel» impulsaba poderosamente al convoy en dirección al oeste del país.

La rubia suspiró mirando al paisaje llano y ya oscuro, al otro lado de la ventanilla. Sus ojos, grandes y azules, parecían reflejar temor, preocupación. Quizá un miedo instintivo, que iba aumentando con la propia oscuridad de la noche. Se inclinó, tomando un paquete de cigarrillos. Encendió uno con mano trémula y fumó nerviosamente. Su postura, al reclinar el torso sobre el borde de la mesa, pareció como si pudiera desparramar sobre el mantel la opulencia increíble de aquel par de gigantescos pechos que se dibujaban contra la tela de la blusa demasiado apretada, emergiendo generosamente por la abertura de la misma, donde se habían soltado más botones de los debidos.

Ni siquiera se movió cuando a su espalda, lenta, sigilosamente, se abrió de nuevo la puerta del vagón restaurante, que ahora se utilizaba como cafetería, y otra figura de mujer se asomó, cauta, clavando los ojos en ella.

Era ésta una mujer muy diferente a la rubia sentada en el vagón. Alta, muy alta, y vestida enteramente de negro, con ropas muy ceñidas, y el cabello también intensamente negro, liso, peinado muy estirado sobre las sienes, y dibujando una puntiaguda forma sobre el dentro de la frente. Las cejas arqueadas, el pálido rostro y los rasgados ojos negros, le daban un aire siniestro, demoníaco, pese a su indudable y fría belleza.

De cualquier modo, era una mujer extraña. Y su modo de mirar a la desnuda nuca de la joven, bajo los dorados cabellos, era cruel y maligno. Algo en ella revelaba una astucia y malevolencia siniestras. Avanzó lentamente, a espaldas de la viajera solitaria, sin que la trepidación del rápido tren causara la menor dificultad en sus pasos lentos y silenciosos. Los ojos no pestañeaban, la boca se entreabría en una especie de mueca sardónica, que, de significar una sonrisa, evidentemente lo sería de sádica complacencia y perverso ensañamiento.

Llegó a espaldas de la rubia que fumaba, ajena a la presencia enigmática de la inquietante mujer. Alzó sus manos y las luces azuladas del vagón se reflejaron en unas uñas sorprendentemente largas y puntiagudas, afiladas como cuchillas.

Después, lentamente, se inclinó hacia el cuello de la rubia, sin que ésta se moviera en ningún momento. Los labios se entreabrieron algo más y algo terrorífico asomó entre ellos.

Unos afilados, largos, centelleantes incisivos.

La mueca diabólica se hizo más cruel aún. La expresión del lívido rostro de la hermosa desconocida, cobró una más profunda perversidad. Los incisivos se fueron aproximando al blanco cuello, a la altura de su carótida. Las manos marfileñas y de uñas agudas se acercaron, como dos siniestras aves silenciosas, a los rubios cabellos de la viajera…

De súbito, la doble presa actuó sobre la víctima indefensa e ignorante de su terrible suerte inmediata. Las manos aferraron, con gélido contacto, los cabellos de la joven, sobre la nuca. Ésta intentó gritar.

Ya era tarde. Los incisivos taladraron su cuello. Se hincaron en ellos. Los labios, rojos y ávidos, se adhirieron a la doble punción, absorbiendo golosamente. Los ojos negros tuvieron un macabro destello de placer.

Chilló la víctima, pero estaba sola en el vagón del ferrocarril. Sola con su hermoso e implacable verdugo. La succión de la mujer morena sobre la piel de la mujer rubia, tuvo algo de morboso y sensual.

Era, también, un contacto absorbente y mortal.

El grito de ella se ahogó cuando una de las pálidas manos se crispó sobre su boca, ahogando la voz de la infortunada. La sangre corrió, roja y brillante, por el blanco cuello pecoso, deslizándose hasta el mantel de la mesa, donde formó un estridente charco.

El tren seguía su marcha en la noche. El rostro angustiado de la víctima era una lívida máscara de horror y agonía, mientras la sangre seguía fluyendo, y los incisivos del ser fantástico se clavaban con mayor fuerza en aquel cuello femenino. En el vagón restaurante, sólo ellas dos, la *mujer-vampiro* y su presa, protagonizaban la sangrienta escena.

Las manos largas y pálidas soltaron la cabeza rubia. La joven se desplomó primero sobre la mesa, totalmente desangrada. De allí rodó al suelo, dejando tras de sí un largo reguero de sangre.

La *mujer-vampiro* soltó una larga, demoníaca carcajada.

Luego se volvió hacia la puerta del vagón. Una joven viajera acababa de aparecer allí. Al ver el rostro blanco y diabólico de la mujer por cuyas comisuras de la boca corría la sangre en dos delgados hilos escarlata, lanzó un grito de terror e intentó dar media vuelta, escapar de aquel recinto de pesadilla.

No le fue posible. Los ojos inyectados en sangre de la siniestra criatura, se clavaron en ella con fuerza hipnótica. La joven recién llegada se quedó rígida, como petrificada, mientras la mujer sangrienta avanzaba hacia ella, paso a paso, la mirada fija en aquel otro cuello blanco que se ofrecía, indefenso, a su voracidad de sangre joven y caliente…

En ese preciso instante, sonó la voz seca, autoritaria y rotunda:

—*Corten*.

La escena cinematográfica se interrumpió. Cesó el suave zumbido de la cámara de filmación. Las luces de rodaje se apagaron en el vagón restaurante del tren que seguía lanzado a toda velocidad sobre sus raíles.

* * *

—Estuviste muy bien, Karin —aprobó Warren Kraft, director de la película que la Dart International Pictures estaba rodando ahora en el ferrocarril Los Angeles-Seattle—. La escena ha resultado excelente, y sin cambio de plano.

La *mujer-vampiro* sonrió, mientras terminaba de quitarse el maquillaje ante el espejo, en el vagón especial que, junto al coche restaurante donde hicieran el rodaje, ocupaban durante el viaje los actores de la película. Bajo la faz, aparentemente fantasmal y lívida, asomaron los colores saludables de una joven agraciada y risueña. Despegó cuidadosamente la peluca de negrísimo pelo azulado que se adhería a su frente en aquel saliente puntiagudo, y respiró con alivio, echándose atrás en su asiento, mientras desprendía de cada uno de sus dedos las uñas postizas, de plástico brillante, que añadían una nota demoníaca a sus largas manos marfileñas.

—Es la primera vez que ruedo en un tren en marcha, sin trucos de estudio —comentó la joven actriz, cansadamente—. No creí que resultara tan sencillo.

—Para ti todo es sencillo —sonrió Kraft, tras hacer unas rápidas correcciones en el guión que sostenía entre sus manos—. Ahora todos a descansar. No sin antes cenar, naturalmente. Mañana quisiera rodar las últimas escenas del tren, apenas amanezca.

—¿Y el resto de esta secuencia?

—Eso se rodará ya en el estudio —explicó el director—. Son sólo primeros planos, una transparencia rápida y luego unos planos exteriores, del tren en la noche. No hace falta prolongar más la hora de la cena…, ni para nosotros, ni para los demás viajeros. Nosotros ocupáremos el primer turno. Luego, dejaremos el coche restaurante a disposición de los demás. ¿De acuerdo, Karin? Os espero a todos a cenar dentro de diez minutos. No retrasaros demasiado.

—Descuida, Kraft —sonrió ella—. Tengo un apetito endiablado.

Kraft asintió, saliendo del compartimento de la actriz, para asomar a los demás y avisar de la hora de la cena al resto de los componentes del personal artístico y técnico de la Dart.

Poco después, en el vagón restaurante, donde ya no quedaba rastro de la hemoglobina que abundantemente se había utilizado para fingir la sangre de los vampirizados, actores y técnicos se reunían en las mesas, para iniciar la cena.

Warren Kraft se acercó a la que ocupaban dos jóvenes actores.

Uno era la muchacha que saliera a última hora, en la escena rodada, viéndose sorprendida y captada por el poder hipnótico del vampiro femenino. El otro era un hombre joven, alto, vigoroso y deportivo, de rebeldes cabellos rubios y ojos azul oscuros, que no había intervenido en la escena.

—La escena de Karin resultó un éxito —explicó mientras las luces fugaces de una pequeña población desfilaban, rápidas, al otro lado de la ventanilla, sobre el telón de fondo de la oscura noche—. Te felicito también a ti, Sally. La expresión al entrar en el vagón era muy difícil y podía romper la situación. Tenía pensado un cambio de plano para ese momento, pasando a un gran primer plano tuyo, pero no hizo falta. Diste con la expresión exacta. Sabía que eras una gran actriz, pero has superado con creces mis optimismos.

—Eres muy amable, Kraft —sonrió la joven de cabellos rojos, clavados sus verdes ojos en el director. Se volvió a su compañero en la mesa—. ¿Cuándo rueda Glenn?

—Mañana al amanecer. Serán los últimos planos. Los haremos, seguramente, en la plataforma y en el vagón de equipajes. Ya veremos sobre la marcha. Lo bueno de esta película será la improvisación sobre el *texto* del guión.

—Eso seguro —rió el llamado Glenn—. Creo que la película no se parecerá ya en absoluto al original, cuando hayamos terminado el rodaje.

—Especialmente si Kraft obtiene el permiso de ese millonario de Seattle para utilizar su residencia… y lo que guarda en ella, sobre todo —sonrió la joven, irónicamente.

—Ojalá sea así —resopló el director cinematográfico—. Pero mucho me temo que eso no sea posible.

—¿Qué? ¿Lo que se dice de la mansión… o el hecho de rodar allí? —indagó Glenn, con tono burlón.

—Ambas cosas. —Warren Kraft sacudió la cabeza—. No puedo creerlo. Sería demasiado increíble. Demasiado fantástico. No, no puede ser más que un simple comadreo sin sentido. Pero pensé que valía la pena ir a rodar si había una sola posibilidad de rodar en esa mansión.

—¿Aunque lo demás sea mentira?

—Aún así, Glenn —suspiró el director—. Para mucha gente, lo que se rumorea es cierto. De modo que daría un aire extrañamente

realista a nuestra película, el simple hecho de poder presentar algunas escenas en esa propiedad. Cuando menos, se sabe sin la menor duda de que el poderoso magnate Ernst Kalutka ha construido su finca como un verdadero castillo eslavo, y eso resultaría excelente, en vez de tener que reconstruir uno de los estudios. Todos sabemos perfectamente que esta clase de películas tienen un presupuesto reducido que nos impide trasladarnos con el equipo técnico y artístico a los Cárpatos, como sería mi deseo.

—Los Cárpatos… —repitió Glenn Ivers, el joven galán de las grandes producciones de terror de la Dart International, con un suspiro—. Así, justamente, se llama esa propiedad, ¿no es cierto?

—Sí. Ernst Katiuska es un típico millonario americano, pero su origen es centroeuropeo. Las montañas de Seattle le recuerdan las suyas de allí. Quizá por ello ha prosperado esa fantástica leyenda tan difícil de creer.

—Sí, tal vez sea eso —admitió Glenn—. De todos modos, no me gustaría que esa leyenda fuese cierta.

—¿Por qué no? —se extrañó Kraft.

—No sé… Resulta, cuando menos, inquietante.

—No me dirás que eres un hombre supersticioso… o que crees en cosas que no son de este mundo.

—No sé si creo o no. Pero hay cosas que no me gustan. Lo que se cuenta de ese millonario es una de ellas.

—Pero los vampiros no existen, Glenn.

—Quizá. Si es así, la leyenda de ese millonario y su mansión sería una mentira completa. Pero si hubiera algo de cierto en ello… siempre existiría un riesgo: que las cosas cambiaran un día por cualquier circunstancia.

—¿En qué sentido?

—Creo que tú me entiendes. —Glenn le miró fijamente—. Has hecho suficientes películas de terror para saber a lo que me refiero.

—Si te refieres a esa posible reliquia conservada en poder de Kalutka…, no sé qué decirte. Personalmente, nunca he creído en ello. Sólo quiero aprovechar un buen escenario y una fantasía popular. Eso es todo; pero aún sigue dependiendo que se pueda hacer o no de una sola palabra de ese millonario caprichoso.

—Claro —la mirada del joven Glenn vagó por el paisaje sombrío que desfilaba vertiginoso más allá de las ventanillas. Apenas alguna

que otra luz dispersa en la oscura campiña nocturna… y nada más. Tras un silencio, el galán cinematográfico cambió una mirada con su compañera de mesa, mientras el camarero del ferrocarril les servía la taza de consomé y descorchaba las botellas de vino y agua mineral, y añadió con voz pensativa—: Lo cierto es que todos sabemos que los vampiros NO existen, Kraft, pero ¿por qué tenemos un extraño e indefinible temor a todo lo que les rodea en la leyenda?

Kraft no supo qué responder. Se limitó a inclinar la cabeza, respirar hondo y encaminarse a su propia mesa, donde humeaba ya su consomé. Algo más allá, Karin Stuart, la actriz especializada en papeles de vampiro femenino dentro de la Dart International, compartía su mesa con otro actor, Andy Wellman, también especialista en villanos cinematográficos, y los demás técnicos y actores del reducido equipo de la productora, charlaban animadamente en sus mesas respectivas, consumiendo con inmejorable apetito su cena.

La puerta del vagón se abrió. El hombre moreno, de lustroso pelo negro, asomó tímidamente, recorriendo con sus ojos, muy negros y profundos, la longitud total del vagón.

Algunos se volvieron a mirarle, indiferentes. Un camarero de blanca chaquetilla corta, dejó de servir huevos con ensaladilla en una de las mesas, tras el consomé, para mirar al intruso con cara de pocos amigos.

—El turno de cena para los viajeros es dentro de media hora —avisó secamente—. Ahora sólo se sirve a los miembros de una empresa cinematográfica. Vuelva a las ocho, por favor.

—Sí, perdón… —se excusó humildemente el desconocido—. No sabía… Volveré luego, muchas gracias…

Cerró la puerta de nuevo y se alejó hacia otro vagón inmediato.

Los componentes de la expedición cinematográfica siguieron su cena sin preocuparse más del hombrecillo moreno, apenas visto.

Por su parte, éste cruzó el vagón de pasajeros inmediato, pasando a otro vagón destinado a los equipajes. Un empleado ferroviario le detuvo en la plataforma.

—¿Adónde va? —preguntó secamente—. Este vagón es sólo para equipajes. No se puede entrar en él.

—Perdone —sonrió afablemente el hombrecillo. Exhibió un

billete con una cartulina de color adherida—. Soy el dueño del Teatro del Horror. Tengo autorización para visitar, de vez en cuando, mi cargamento. Hay muchas figuras de cera, ¿comprende? Debo comprobar que no se alteran con la temperatura.

—¡Oh, entiendo! —Asintió el funcionario—. Entre. Pero deberá salir en seguida. No se permite permanecer ahí durante mucho tiempo a nadie ajeno a la compañía.

—No se preocupe. Terminaré en seguida, se lo aseguro —la voz del hombre moreno era tan suave como servicial—. Salgo rápidamente.

La puerta del vagón de carga se cerró tras él. Sonó el silbido estridente del convoy. La marcha era vertiginosa a través de la noche californiana.

El hombre moreno avanzó entre pilas de maletas, fardos, cajas de embalaje, e incluso un par de jaulas, una con un ave de brillante plumaje y la otra con un perro que, tras ladrar ruidosamente en principio, se quedó con las orejas gachas, sumido en un amedrantado silencio, cuando los centelleantes, negros ojos del visitante se fijaban en él.

Pasó adelante el singular individuo, murmurando entre dientes palabras en una lengua que hubiese resultado absolutamente desconocida para el hombre del acceso al vagón de equipajes. Se detuvo, de pronto, ante una serie de embalajes de brillante cubierta. Todos estaban plastificados, con ilustraciones de vivos colores, alusivas todas ellas a situaciones de terror, de sangre y de erotismo, en una mezcla tan burda como estridente.

Los embalajes mostraban, así, rostros lívidos, colmillos sangrantes, monstruos surgiendo de ataúdes abiertos, mujeres de procaces formas, semidesnudas, en un auténtico baño de sangre. Y en todos los fardos, un mismo *texto* bien visible:

TEATRO
DEL
HORROR
DE
BELA
ZOLESKU
;

Originario De Los Carpatos

El hombre moreno contempló detalladamente la serie de embalajes que, en número de una docena, aproximadamente, ocupaban gran parte del vagón.

Se inclinó, manipuló en los cierres de seguridad de la caja más próxima. Sonó un doble chasquido. La tapa se alzó lentamente, con un chirrido. En su jaula, el perro emitió, en tono bajo, un aullido lastimero. Era como si intuyese la repentina presencia de algún horror desconocido. Los animales poseen un especial instinto para cosas así.

Se aproximó a dos de ellos, de forma rectangular, más bien alargados. Recordaban vagamente una tosca y primitiva caja de muertos, un féretro pintarrajeado en vivos colores sobre el plástico brillante de su funda.

Al levantarse la tapa, se descubrieron en su interior dos auténticos féretros. Dos alargadas y negras cajas de muerto, forradas de paño negro. Y sin crucifijos encima.

Sonrió extrañamente el visitante del oscuro vagón. Las luces rápidas, parpadeantes, de una estación que desfiló vertiginosa al otro lado de las angostas aberturas o respiraderos del vagón, reflejaron el brillo sombrío y tenebroso de aquellos ojos increíblemente negros y fulgurantes.

Las manos morenas del hombre actuaron con rapidez. Alzaron, sin dificultades, la tapa de uno de los ataúdes. Ésta chirrió prolongadamente, de forma que podía provocar un escalofrío a cualquiera.

Pero el hombre de tez cetrina parecía la persona menos propicia del mundo a sufrir tales reacciones. Ni siquiera ante un féretro… o lo que éste contuviese.

Y lo que contenía era una mujer. Una hermosísima mujer.

Yacía inerte, con sus manos blancas cruzadas sobre el pecho. Entre sus labios color cera, asomaban puntiagudos colmillos. Su seno se erguía, redondo y macizo, bajo una especie de túnica o mortaja blanca, espectral, pero no había vida aparente en ella. Era un cadáver.

O quizá simplemente lo que anunciaban los carteles, allí donde el Teatro del Horror de Dela Zolesku se presentaba: perfectos y admirables muñecos, simples figuras de cera, para provocar el miedo y la zozobra en los ingenuos espectadores del *show*.

Sin embargo, cuando el hombre se quedó mirando fijamente a la figura cérea del interior del ataúd, sucedió algo.

Lenta, muy lentamente, los párpados de la mujer de cera se abrieron: Unos insondables, profundos, estremecedores ojos negros, que parecían mirar desde más allá de los vivos y de los muertos, se clavaron en el hombre inclinado sobre ella.

Los labios, después, se distendieron, se entreabrieron en una mueca satánica, tal vez una sonrisa macabra y cruel, que ninguna actriz del mundo, ni siquiera las especialistas estrellas cinematográficas de la Dart International, hubiesen podido imitar jamás.

Y la voz emergió, ronca, profunda, escalofriante, de aquel supuesto cuerpo de cera que tanta gente había admirado en una simple representación de provincias.

Las palabras fueron escasas y terroríficas:

—Ilonka escucha. Ilonka tiene sed, mi señor…

La voz del hombre moreno respondió en un susurro, mientras su negra mirada destellaba malignamente.

—Tu señor te dará de beber, Ilonka. Ésta es tu noche. Tendrás sangre fresca para beber. Sangre de este tren. Sangre de una mujer a quien debes arrancar del mundo de los vivos…

En su jaula, el perro emitió otro largo, aterrado aullido, mientras la mujer de cérea piel se incorporaba rígidamente, saliendo del ataúd.

CAPITULO II

Ingrid Svenson estaba asustada. Muy asustada.

Su modo de mirar en derredor, lo revelaba así. Pese a estar encerrada en aquella cabina individual del coche-cama, el miedo la dominaba, como si hubiese junto a ella invisibles enemigos capaces de abatirse en cualquier momento, surgiendo de lanada.

Ni siquiera se había atrevido a ir al coche-restaurante para cenar o, cuando menos, para tomar algún refrigerio. Cuando el camarero de servicio había llamado en la puerta de la cabina, había dado un respingo de sobresalto, sin atreverse a responder, hasta que el otro insistió, identificándose y preguntándole si necesitaba algo de comida o de bebida.

—No, gracias —había sido la respuesta inmediata—. No tengo sed ni apetito. Si llega esa circunstancia, ya le avisaré.

El camarero no había insistido. Y ella, que realmente sí tenía sed y apetito, había saciado ambas necesidades recurriendo a su bolso de viaje, de donde extrajo una botella de plástico con zumo de naranja y un envase de igual material con algunos emparedados.

Todo esto sucedía desde que oscureció, porque por el mediodía había salido a recorrer el convoy, a tomar una bebida al coche restaurante e incluso había bajado en una estación, durante una breve parada, a adquirir unas revistas ilustradas.

Pero apenas se inició el atardecer, Ingrid Senos, la esbelta y rubia nórdica, había asegurado su puerta con pestillo, encerrándose en la cabina, pese a que allí el calor empezaba a resultar agobiante pese a que graduó la temperatura ambiente.

No había logrado su objetivo durante el día, y temía ahora que fallase también en plena noche, Io cual significaría, sin remedio su perdición definitiva.

Sabía demasiado, sí. Pero ¿a quién revelarlo? ¿La hubiese creído alguien? ¿La creería incluso aquel policía que viajaba en el

ferrocarril de Los Angeles a Seattle, en el estado de Washington, ya cerca de la Columbia Británica canadiense?

Tenía sus dudas al respecto, pese a cuanto sabía sobre el sargento Edgar Goldsmith respecto a sus aficiones personales. En cierto modo, era una suerte que un policía se interesara en ciertos temas del Más Allá…, pero eso no significaba nada concreto, aún.

Tal vez entre sus creencias personales no estuvieran, ni de lejos, los…, los…

Se estremeció. No, no quería concretar ese pensamiento, ni modelar mentalmente la terrible palabra.

Y, sin embargo, pese a su denodada voluntad de no pronunciarla ni aún con el pensamiento y para sí misma, esa palabra surgió, estremecedora, del fondo de su mente:

Los vampiros.

¿Creería el sargento Goldsmith en ellos? ¿Admitiría, siquiera, su existencia, contra toda lógica y razón? Y aunque así fuese, su condición de policía podía estar en desacuerdo con sus propias teorías personales, porque ¿qué policía era capaz, en su sano juicio, de acudir a sus superiores e informarles de que tenía entre manos un caso de vampirismo?

Lo más probable era que el sargento terminase sus días patrullando de nuevo por las calles, con un uniforme azul, en vez de escalar puestos en su escalafón.

Además ¿qué podían las balas de un revólver contra la otra vida de un vampiro? La historia de las balas de plata era simple leyenda eslava. Posiblemente también lo fuese la eficacia de los ajos o de la cruz. Ingrid Svenson no estaba segura de nada. Porque ella sabía cuál era la fuerza diabólica de los No-Muertos. Y sabía además, porque viajaba en aquel tren, porque la seguían a ella, porque intentarían, por todos los medios, darle alcance, hundir sus incisivos en su cuello, para succionar toda su sangre.

Ella era solamente un peón en el juego, sin embargo. Las intenciones de los vampiros eran infinitamente más terribles y amenazadoras para la especie humana. Por eso estaba convencida de que viajaban allí mismo, en ese tren. Un tren donde, paradójicamente, unos actores interpretaban personajes terroríficos para una película que se explotaría más tarde en los cines de segunda categoría, haciendo sonreír con indulgencia a quienes no se

asustaban con los temas de terror.

Y, sin embargo, el terror, el auténtico terror, estaba allí. En aquel tren, camino del más grande horror jamás imaginado por el ser humano.

Y ella, sólo ella lo sabía.

Consultó nerviosamente su reloj de pulsera. Eran ya las nueve y media. Sin duda habrían cerrado el vagón restaurante. La mayoría de viajeros se habrían retirado a descansar. Debían estar llegando a la divisoria de Oregon y cruzarían durante la noche todo el estado, para llegar, ya entrado el día, al de Washington, donde la ciudad de Seattle marcaría el fin del largo viaje al noroeste del país. Al lugar donde la productora cinematográfica pensaba imitar la atmósfera y clima de los Cárpatos centroeuropeos, para dar fin a su película de terror. Donde un millonario excéntrico, de origen eslavo, Ernst Kalutka, vivía retirado en su mansión Los Cárpatos. Y donde ella esperaba que alguien pudiese impedir el desencadenamiento final del horror que a todos amenazaba. Pero para ello necesitaba la ayuda de alguien. No podía hacerlo sola. Era demasiada tarea. Y el peligro demasiado tremendo, demasiado fuerte para una mujer sola…

Repentinamente se sintió envalentonada. Tenía que hacer algo. Si pasaba toda la noche ahí dentro, intentando dormir —sin conseguirlo con toda seguridad—, perdería, tal vez, un tiempo precioso. Ahora era un momento difícil. Peligroso. Era noche cerrada. El tren, lanzado sobre las vías, trepidaba de forma monocorde. No se oía a nadie en los pasillos. La gente dormía o descansaba leyendo algo. Afuera, la oscuridad era absoluta, salvo las salpicaduras de luz de pequeños lugares que iban quedando atrás. A veces eran puntos importantes, como Sacramento, la capital de California —apenas dos minutos de parada—, o Hamilton, o Bedding…

Pero la noche era el gran riesgo. El espacio de sol a sol, entre crepúsculo y aurora, el trance temible, la tremenda amenaza. En cualquier momento, rompiendo el silencio, la calma y la soledad, ese peligro mortal podía materializarse. Y condenar a un ser humano a una suerte mil veces peor que la misma muerte.

Pero tenía que intentarlo. Cuando llegase el día sería tal vez demasiado tarde. Ahora el sargento Edgar Goldsmith, de la policía

de California, estaría reposando en su propia cabina, bien ajeno a que las esperanzas todas de una mujer dependieran de él.

Giró el pestillo. Con el corazón palpitándole furiosamente, entreabrió la puerta, sin hacer ruido alguno. La fue abriendo hasta asomar la cabeza. Miró a un lado del corredor. Vacío.

Miró luego al otro. Vacío también. Silencioso, sin presencia viviente alguna. Respiró con fuerza. Las manos le temblaban. Pero se arriesgó súbitamente. Tenía que hacerlo. Ahora o nunca.

Y lo intentó.

Salió al desierto corredor. Avanzó cautelosamente. Tras una de las puertas se oían voces susurradas. Y risas. Tal vez una pareja charlaba, antes de conciliar el sueño. Todo parecía normal. Hubiera resultado ridículo revelarle a alguien de aquel tren lo que sucedía, lo que estaba a punto de suceder. Parecía todo tan apacible, tan carente de posibles amenazas desconocidas…

Era un viaje como otro cualquiera. Una noche en un rápido ferrocarril a lo largo de la costa oeste de Estados Unidos. En pleno siglo XX, en una época en que la electrónica, la televisión, el cine, el consumo y la política eran tema cotidiano de todos los seres. ¿Quién iba a pensar, en una sociedad semejante, en que algo procedente de las tinieblas, de más allá de la misma Muerte, acechaba a todos en las sombras de lo desconocido?

Siguió caminando por el largo pasillo desierto, a uno de cuyos lados se alineaban las puertas de las cabinas, y al otro las ventanillas asomadas a la oscura noche.

Se vio a sí misma, rubia, alta, frágil, recortada en el negro espejo de las ventanillas herméticas. Las luces distantes eran ráfagas perdiéndose en la campiña californiana, cada vez más abrupta, a medida que abandonaban los llanos para aproximarse a los accidentados terrenos de Oregon. Los bosques empezaban también a abundar, emborronando en la distancia las luces de pequeñas poblaciones dispersas. De vez en cuando surgía el centelleo intenso de una estación importante, donde el convoy no tenía parada, el que desfilaba, vertiginoso, invadiendo el corredor de luz.

Después volvía la calma, la oscuridad, el trepidar monótono de las vías en el tendido ferroviario. Ingrid llegó cerca de la puerta de comunicación con el vagón inmediato. Era el coche restaurante.

Tenía un cartelito sobre el vidrio de la puerta:

CERRADO
HASTA
LAS
7 A. M.

Era de suponer. Ya no quedaba nadie allí dentro. Miró a su espalda. El vagón de pasajeros seguía desierto en su corredor. Todo el mundo se había retirado a su litera correspondiente. Caminó en sentido inverso. Llegó a la puerta opuesta. Miró a través del vidrio. Otro coche cama seguía a éste. Recordaba vagamente que el sargento Goldsmith tenía reserva en un vagón vecino. Por tanto era aquél.

De súbito, la mano surgió ante su rostro. Luego una faz emergió de la nada, y unos ojos se clavaron en ella muy próximos. Lanzó Ingrid Svenson un grito ahogado. Retrocedió tambaleante, llena de terror.

—Perdone —se excusó el camarero de noche con una sonrisa tímida—. ¿Desea algo, señorita?

—¡Oh, no, no…! —jadeó nerviosa, recuperándose. La amenaza terrorífica era solamente el encargado de las literas durante el viaje nocturno—. Gracias, buscaba… el servicio, es todo…

—Había uno en su propio vagón —sonrió el camarero—, pero puede utilizar éste, señorita.

Señaló una puerta vidriera cercana, en la plataforma de aquel vagón. Dio torpemente las gracias y se encaminó a la puerta. Miró de soslayo al abrir. El camarero le dirigió otra sonrisa y desapareció camino del vagón vecino. Ingrid respiró con alivio. Su mirada deslizóse a este nuevo corredor, tan vacío como el suyo propio.

Recordó con un esfuerzo: cabina
B-6
. Era la del sargento de policía de Los Angeles, lo recordaba muy bien. Había observado con todo detalle el embarque del sargento Goldsmith, allá en la Union Station de Los Angeles.

Comenzó a recorrer el pasillo, cabina por cabina. Estaba ya en la
B-4
cuando oyó un ruido a su espalda. Se volvió sobresaltada, imaginándose que el camarero del otro coche cama la había

sorprendido en su expedición nocturna.

No era así. No había nadie. Pero la puerta oscilaba. Como si alguien la hubiese accionado. Alguien invisible… o alguien que había retrocedido con gran rapidez al verla.

Sintió un escalofrío. La amenaza latente parecía hacerse por momentos más y más opresiva. Más Y más cercana.

Temblaban ahora sus manos ostensiblemente. Notaba un frío húmedo en la frente y en sus mejillas. Pero avanzó segura de sí, resuelta a todo. Si el Mal estaba presente, si el siniestro aleteo que anunciaba el gran desastre se hacía, de pronto, audible en el silencioso corredor, mezclándose con el traqueteo de las ruedas del convoy, ella aceptaría el sacrificio. Pero valía la pena luchar por evitarlo, por intentar algo, por huir del horror, por revelarlo a los demás, lo creyesen o no.

Golpeó con fuerza la puerta de la cabina.

Al otro lado de la puerta sonó una voz grave, profunda:

—Sí… ¿Quién es?

Ella vaciló. ¿Qué podía decir? Excusarse era una necedad. El policía tenía que saber que los camareros del servicio nocturno eran todos varones. De modo que respondió prestamente:

—Una mujer que no conoce, sargento Goldsmith. Una mujer en apuros.

—¿Qué desea? —le preguntó sin abrir la puerta.

—Algo que sólo usted puede darme: ayuda. Y ayuda urgente. Es cuestión de minutos, sargento. No sólo mi vida está en juego. También la de otros muchos.

Una pausa. Fue breve, pero se le antojó una eternidad. Luego, una respuesta breve también. Y esperanzadora:

—Aguarde un momento, por favor…

Esperó. Miró a ambos lados. Nada. Silencio. Soledad. Lo que ella deseaba. En pocos segundos estaría dentro de la cabina del sargento Goldsmith, de la policía de Los Angeles. Un policía que sólo una hora más tarde, cuando cruzaran la divisoria de Oregon, habría perdido su fuerza, porque su jurisdicción terminaba justamente en California. Pero que, pese a todo, seguía siendo un policía, estuviese donde estuviese.

La puerta produjo un leve chasquido. Se abrió. Un rostro ancho, enérgico y anguloso asomó por la abertura. Miró a Ingrid.

Rápidamente, terminó de abrir. Se hizo a un lado.

—Entre, se lo ruego —invitó—. Bueno, si no le parece mal… Si prefiere que yo salga al corredor, gustosamente lo haré y…

—No, no, se lo ruego… —rápidamente entró en la cabina y le miró angustiada—. Por favor, cierre. Y asegure la puerta, por favor. Es importante que nadie me localice. Y que nadie entre aquí.

—Por supuesto —se apresuró a correr el pestillo. Luego se movió en el angosto compartimento ferroviario, de modo que dejase a la joven la litera, ligeramente revuelta y con algunas revistas y diarios encima—. ¿Quiere sentarse, señorita?

—No, gracias —rechazó ella—. Estoy demasiado nerviosa para poder estarme quieta en alguna parte, sargento.

—¿Cómo me conoce? Estoy segura de no haberla visto antes. En otro caso no hay duda de que la hubiese reconocido en el acto.

—Sería largo de contar —suspiró ella—. Mi nombre es Ingrid Svenson. Soy de origen sueco y resido en Los Angeles. Recientemente estuve en Europa. Y poseo una información terrible que deseo revelarle a alguien lo antes posible. Por eso estoy aquí ahora, sargento. Usted puede ayudarme.

—Lo haré gustoso, créame —aseguró él con expresión perpleja —. ¿De qué se trata? ¿Algo relacionado con el espionaje? ¿La persiguen los comunistas, quizá?

—No —negó ella enfática—. No es nada de eso. No se trata de espionaje ni de cosa parecida. Es algo peor, mucho peor.

—Temo no entenderle. ¿Peligra acaso su vida?

—Sí —respiró hondo—. Mi vida física y espiritual. Mi cuerpo y mi alma, sargento.

—Temo no entender una palabra —confesó él, enarcando las cejas en su rostro de expresión resuelta y decidida—. ¿Quiere serenarse y narrarme todo eso ordenadamente, señorita Svenson?

—Hay poco tiempo para narrar nada. Sepa solamente una cosa: hay vampiros en este tren.

—¿Vampiros? —El estupor asomó al rostro del policía—. ¿Qué dice?

—Lo ha oído. Vampiros. ¿Sabe lo que son?

—Claro. Una especie de murciélagos que succionan sangre a los animales…

—No. Ésos, no. Los otros vampiros, sargento.

—No tratará de referirse a…, esos otros…, los del cine…

—No exactamente. Me refiero a vampiros de verdad. Reales. Que existen.

El sargento Goldsmith pareció tan desorientado como si le hubiesen dicho que el tren estaba invadido por los marcianos. Contempló a la rubia y bella joven con una expresión que empezaba a ser algo más que una simple duda.

—Señorita Svenson, si esto es una broma, yo… —comenzó.

Pero ella le interrumpió vivamente:

—No. Espere. No es ninguna burla. Es demasiado serio para pensar en ello, créame.

—Quisiera creerlo, pero…

—Sargento, me refiero a vampiros que succionan la sangre a los seres humanos. Que convierten a sus víctimas en No-Muertos. En seres que son cadáveres durante el día… y vampiros durante la noche. ¿Lo entiende ahora, sargento?

—Pero, por favor, señorita Svenson, no puede decirme en serio que… —se echó a reír de repente, ante el gesto exasperado de ella —. ¡Oh, creo entenderla! Usted es una joven impresionable. Y ha visto a esos actores, interpretando sus papeles… ¡Ha confundido a unos artistas de cine con auténticos vampiros! Tranquilícese, se lo ruego. Se trata solamente del rodaje de una película, a bordo de este tren, eso es todo. ¿Se siente mejor ahora?

—Pero ¿es que no lo entiende, sargento? —gimió ella, angustiada—. ¡Yo no me refiero a esos vampiros de cartón de piedra, sino a otros, a los verdaderos vampiros, los que salen de la tumba cuando oscurece, para buscar la sangre de sus víctimas! ¡Hay vampiros de esa clase en este tren… y nos amenazan a todos! Es más, si logran llegar a Seattle, puede suceder lo peor para el mundo… Sólo yo sé lo que ellos pretenden, sargento Goldsmith, sólo yo puedo intentar evitarlo… si alguien me cree. Y usted es mi última esperanza…

El gesto del policía no era sólo de incertidumbre, sino de verdadera inquietud y escepticismo. Evidentemente, no creía una sola palabra de todo aquello. Y además, empezaba a dudar del equilibrio mental de su j oven visitante.

Le ruego que se siente —pidió conciliador—. Y tratemos de hablar con alguna serenidad de todo ello, señorita Svenson.

—¡No! —Gritó exasperada, retrocediendo todo lo que permitía la estrecha cabina—. ¡No cree usted una sola palabra! ¡Imagina que estoy loca! ¡Incluso sería capaz de hacerme encerrar por lo que he dicho!

—Esté segura de que no —dijo él con voz calmosa—. Yo soy una persona que ha estudiado esos problemas sobre vampirismo y demás supersticiones eslavas. Y le aseguro que si alguna vez existieron en los Cárpatos seres anormales, en la actualidad es virtualmente imposible que el fenómeno persista, ya que sólo fue producto de una época en la que epilépticos, aristócratas tuberculosos y caballeros crápulas, fueron tomados, por un pueblo ingenuo, sencillo y medroso, como seres de ultratumba. Yo le aseguro que…

—¡No me asegure nada! —Chilló Ingrid, presa de una crisis de histeria que en nada le beneficiaba, de cara a obtener credulidad por parte del policía—. ¡Yo no puedo replicarle con argumentaciones lógicas, pero sí le aseguro que esos vampiros existen, que están aquí, en este tren…!Y no siquiera son hombres, como usted dice, sino mujeres, ¿entiende? ¡Mujeres-vampiro procedentes de Europa y que han viajado hasta aquí de la mano de un monstruo de maldad cuyo propósito es…!¡Oh, de qué me serviría decírselo, sargento! Usted es mi última esperanza… y veo que no cree nada en absoluto.

—Espere, señorita Svenson, yo… —trató él de retenerla, sujetándola por un brazo suavemente.

—¡Déjeme! —Protestó ella, airada, soltándose de su presión, abriendo la puerta y lanzándose corredor adelante, sin importarle la trepidación que la gran velocidad del convoy producía en el suelo del mismo—. ¡No quiero ayuda de nadie! ¡No me trate como a una loca o a una niña, sargento! ¡Algún día empezará a comprender que yo tenía razón…, pero entonces será demasiado tarde para todos!

Él intentó aún impedirlo, pero la rubia joven se lanzaba a la carrera, lejos de su alcance, tropezando con las paredes del vagón.

El sargento vaciló, sin saber qué hacer ante aquella insólita situación. Luego, al ver que la puerta del fondo se cerraba tras ella, resolvió que era preferible no excitar más los nervios de la joven y regresó al interior de su cabina, cerrando la puerta tras de sí.

—Vampiros… —murmuró para sí, sacudiendo la cabeza con

perplejidad—. En nuestra época… ¡Qué tontería!
Mientras tanto, ante la sorpresa del camarero de noche, Ingrid pasó rápidamente ante él y siguió adelante, hasta su propia cabina. La abrió con rapidez, entrando en la misma.
Apenas lo había hecho, se sorprendió de que la luz estuviese apagada. Creía haberla dejado encendida cuando salió. Pero estaba demasiado nerviosa para sentirse segura de algo.
Cerró con rapidez, pasando el pestillo. Luego, presionó el interruptor de la luz y ésta invadió la cabina.
Entonces descubrió Ingrid que no estaba sola.
Otra mujer, pegada a la litera, erguida, rígida la alta figura, estaba esperando su retorno. Unos rasgados ojos negros se clavaron malignamente en ella. Alrededor de las pupilas azabache, las estrías diminutas de las venas enrojecían el blanco de sus órbitas, producían un extraño efecto sangriento en la maligna mirada.
Ingrid lanzó un alarido de horror. O, cuanto menos, intentó lanzarlo.
Rápidamente, una mano larga, cérea, de delgados dedos huesudos, se cerró sobre sus labios. Los presionó férrea, heladamente. Otro brazo se cerró sobre las espaldas de Ingrid, y la mano fría y engarfiada atenazó uno de los juveniles pechos de la rubia joven.
Inmovilizada de aquella forma, el rostro malévolo, de diabólica hermosura, se inclinó hacia ella. Los ojos azules de la joven nórdica se dilataron con una expresión de supremo pavor.
Los labios, al abrirse, revelaron la afilada doble punta de unos incisivos crueles, taladrantes. Se hincaron de golpe en su rosado cuello, a la altura de su yugular. Brotó sangre. Una hilera de menudas gotitas, resbalando por la piel herida.
El cuerpo de Ingrid de agitó furioso. Las manos forcejearon con el helado cuerpo de la mujer morena, ávida de sangre. Pero ésta era como una estatua de mármol, inconmovible y despiadada. Sus ojos poseían un hipnótico poder que fascinaba a la víctima, mientras golosamente, la sangre era succionada por aquella boca femenina adherida a la epidermis de la otra mujer, como un diabólico beso mortal.
Nadie pudo escuchar, tras la puerta de la cabina del coche cama, el alarido agónico de la víctima de aquella hermosa e implacable

mujer-vampiro.

Capitulo III

Glenn Iberas levantó la cabeza de su lecho. Encendió la pequeña luz para la lectura situada a la cabecera de la litera.

Estaba segura de que algo le había despertado. Pero no sabía el qué. En la cabina inmediata dormía su compañera de elenco, Sally Roberts, la primera actriz de la Dar International para sus habituales películas de terror.

Al otro lado ignoraba quién podía dormir, ya que el resto de sus compañeros de trabajo ocupaban el vagón en sentido inverso, a partir de la cabina de Sally y hasta el final. Había cuatro cabinas dobles para el personal técnico. Se sentó en la cama. Trató de recordar el motivo de su brusco despertar. Estaba más convencido que nunca de que algo, en la cabina inmediata, la que no ocupaba Sally, había provocado esa reacción suya en sueños.

¿Un ruido desusado, un grito, algo poco frecuente a tales horas, tal vez?

No estaba seguro. Ni tenía importancia, imaginó, después de todo. De modo que se dispuso a reanudar el interrumpido sueño. Apagó la luz y se acomodó en la angosta litera. Pero se había desvelado bastante y encendió un cigarrillo para combatir ese bache en su descanso nocturno.

Entonces se repitió de nuevo el motivo de su despertar.

Ahora sí. Estaba seguro de ello. Eso había sido.

El ruido se repetía de nuevo. Y con suficiente intensidad para despertarle, de no haber estado ya desvelado. Saltó de la litera. Abrió la puerta de la cabina y se asomó al pasillo.

Observó la puerta vecina. No la del compartimento de Sally, sino la opuesta. De donde había llegado el ruido exactamente.

Se aproximó a la puerta. Estuvo tentado de llamar, pero luego lo pensó mejor y resolvió probar si se abría desde fuera. Tal vez le sucedía algo al viajero vecino y se hallaba imposibilitado de pedir

auxilio, Pero si la cabina estaba cerrada por dentro, con pestillo, haría falta el camarero de noche para abrirla.

Probó. Con cierta dificultad, la puerta empezó a ceder. Glenn Iberas miró a un lado y a otro del pasillo desierto, como si lo que estaba haciendo fuese delictivo. En realidad, no tenía motivo alguno para mezclarse en vidas ajenas, pero estaba seguro de que a él le hubiese gustado, en caso de emergencia, verse ayudado por cualquier otro viajero.

La luz de la cabina estaba encendida. Dentro, el sordo golpeteo contra la pared limítrofe con su propio compartimento se repetía de vez en cuando. Observó que ello se repetía cada vez que el tren aceleraba en la noche, o tomaba una curva brusca.

Entró en la cabina. La luz de la misma le reveló una terrible escena.

La mujer oscilaba en la litera, golpeando con su cabeza contra la pared, a cada sacudida del convoy. Las piernas le colgaban fláccidas, dificultando el movimiento de la puerta. Estaba cruzada sobre la litera y había un reguero de gotas de sangre en el suelo. También algunas salpicaduras en sábanas y colcha.

La mujer parecía de cera. Su piel tenía un color blanco amarillento, como si no tuviera una sola gota de sangre en sus venas. Al aproximarse, observó sobrecogido la presencia de una incisión doble en su cuello, hinchada en torno a los orificios, pequeños y profundos. Gotas de sangre seca manchaban el entorno de la doble incisión.

Era como la marca de un vampiro, pensó Glenn, incrédulo.

Tras comprobar que estaba muerta, salió sin pérdida de tiempo al corredor. Se encaminó resueltamente al lugar donde permanecía de guardia toda la noche el camarero de las literas. Lo encontró adormilado, tendido en una pequeña litera, junto a una mesa. Lo zarandeó sin contemplaciones.

El hombre alzó la cabeza, sorprendido. Le miró, tratando de alejar de si el sueño. Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Qué…, qué sucede, señor? —preguntó, alarmado. Señaló el cuadro de señales luminosas situado ante su mesa—. No necesitaba venir. Pudo haber llamado, señor. La luz y el timbre me despiertan. Es la costumbre…

—Venga, deprisa —pidió secamente Glenn—. Necesito, que me

ayude urgentemente.

—Sí, señor —se incorporó solícito—, ¿ayudarle a qué?

—Lo verá por sí mismo. Hay un cadáver en el compartimento vecino al mío.

—¡Un cadáver! —Se horrorizó el camarero—. ¡Cielos, qué complicación…! ¿Cómo lo sabe usted, señor? ¿Se trata de algún colapso? ¿Alguien le pidió ayuda?

—No —negó Glenn, echando a andar hacia el vagón de compartimentos de literas—. Oí un ruido extraño e investigué. Es una mujer. Está muerta. Desangrada.

—No es posible… —tartajeó el hombre, demudado—. Habrá que avisar también al policía del tren. Es preferible en estos casos…

—Sí, pero primero venga a ver lo que yo vi. Será lo mejor. Mientras uno se queda allí, el otro puede ir a avisar al policía.

El camarero, a regañadientes, le siguió pasillo adelante. Llegaron al compartimento vecino al que ocupaba Ivers. Éste observó la puerta, que creía haber dejado solamente entornada, pero que aparecía ahora cerrada.

Probó el pestillo en vano. Estaba herméticamente cerrada. Enarcó las cejas. El camarero le miró perplejo.

—No puede ocurrir lo que usted dice —jadeó el hombre de servicio—. Si está asegurada por dentro, es la única que ocupa la cabina la que lo hizo por sí misma. No se puede cerrar por fuera de ese modo, a menos que se utilice una llave como la mía.

Y extrajo del bolsillo una manivela especial, capaz de ser insertada en el orificio cuadrangular de la puerta, para accionar desde fuera el pestillo.

—Yo dejé abierta esta puerta —dijo Glenn con aspereza—. ¡Ábrala!

—Pero…, pero eso va contra el reglamento, señor. No se puede importunar a nadie en su cabina, salvo por motivos aduaneros o de policía. Y éste no es el caso…

—Éste sí es el caso —silabeó Glenn, duramente—. Ahí dentro he visto el cadáver de una mujer, ¿entiende bien? Ahora puede haber vuelto el asesino, si fue un crimen, como sospecho. De modo que abra esa puerta inmediatamente, bajo mi total responsabilidad.

—Es irregular, pero si usted acepta toda la responsabilidad… —el camarero se encogió de hombros, disgustado—. Allá usted con las

consecuencias de esto, señor.

E introdujo la llave maestra en el orificio, girándola bruscamente. Chascó el pestillo al abrirse. Empujaron la puerta y Glenn asomó, decidido, dispuesto a enfrentarse a quien fuera.

Esperaba cualquier cosa, pero no lo que encontró ante sí. Sintió que su cabello casi se le erizaba. Un frío sudor humedeció sus manos y su rostro, repentinamente.

—¿Qué significa esto? —La voz sonó grave, altiva, con tono airado—. ¿Pueden explicarme semejante atropello, señores?

El camarero se encogió, como si hubiera recibido una patada en el estómago. Glenn Iberas, pálido y sobrecogido, se encontró frente a la persona que, a la tenue luz de la cabecera, se erguía en la litera, mirándole con azules ojos furiosos, el gesto entre sorprendido y hostil, en aquel rostro de suave palidez, rota por el color rosado de las mejillas.

Era la víctima en persona. El supuesto cadáver desangrado.

Una mujer peligrosa y hermosa, a quien él había examinado momentos antes, comprobando que no había en su cuerpo ni un soplo de vida.

Pero que ahora, airadamente, les contemplaba sentada en su lecho, al parecer llena de vida.

* * *

El sargento Edgar Goldsmith balbuceó su última excusa.

—Lo siento de veras, señorita Svenson. Ha sido un incidente lamentable. Estos caballeros tendrán que responder por él, se lo aseguro.

—No, por favor, sargento —sonrió ella suavemente—. No haga nada así. No me gustan los escándalos. La gente del cine ya sabe que es algo rara… Gracias por todo y buenas noches.

—De nada, señorita Svenson… —hizo un gesto inseguro—. ¡Ah, por cierto…! ¿Se encuentra bien de sus temores de antes? Me refiero a lo que me contó usted de…

—No se preocupe por mí, sargento Goldsmith —la sonrisa de ella se amplió deliciosa, turbadoramente—. Creo que mis nervios me jugaron una mala pasada, eso es todo. Últimamente sufro de algunos histerismos… Perdone todo y olvídelo. Hasta mañana. Y recuerde: no sea demasiado severo con ese camarero y ese joven

vecino mío. Ellos, a fin de cuentas, obraban de buena fe, imagino.

Dirigió una ojeada, incluso amable y condescendiente, a Glenn Iberas, y luego cubrió mejor su cuello con un chal y cerró la puerta de su cabina, asegurándola con el pestillo.

Por el corredor desierto del vagón, se alejaron los tres hombres. El sargento Goldsmith vigilaba a sus dos acompañantes, con el ceño fruncido.

—Vayamos al coche restaurante —dijo con sequedad—. Será lo mejor.

El camarero de noche asintió, cabizbajo. Llamó a otro camarero, para que ocupase su puesto, y se encerraron los tres en el vagón restaurante, dando una sola luz en la mesa donde se sentaron.

Goldsmith, todavía ceñudo, miró a ambos con aire de reproche. Meneó luego la cabeza.

—No logro entenderles —manifestó—. ¿Cómo pudieron cometer un error semejante? Usted es un empleado de los ferrocarriles, sabe su obligación…

—El señor insistió tanto… Creí que era urgente. Asumió toda la responsabilidad… —se defendió desesperadamente el camarero.

—Eso es cierto —afirmó Glenn—. Yo soy el único responsable, sargento.

—Ya. —Goldsmith le miró fríamente—. ¿Y por qué, señor Iberas?

—Ya se lo dije. Vi muerta a esa mujer.

—¿A la misma mujer? ¿A la señorita Svenson?

—No sé cómo se llama, pero sé que era ella, la rubia de ojos azules. La misma que vimos ahora.

—Y que, como usted observó, no estaba muerta ni mucho menos —sonrió irónicamente el policía.

—He sido el primer sorprendido. No soy médico, sargento, ni necesito serlo para saber cuándo una persona no respira y su corazón no funciona. Era un cadáver, estoy seguro. Un cadáver color cera, desangrado.

—La señorita Svenson es muy blanca de piel, ya lo hemos observado. Si estaba profundamente dormida, pudo darle la impresión de estar muerta. Pero hay que medir los actos antes de realizarlos, compréndalo.

—Lo comprendo muy bien. E insisto: no logro entender lo

sucedido. Algo raro ocurre en este tren, sargento. Las cosas eran diferentes cuando llegamos el camarero y yo. No tiene sentido, pero es así.

—Esa historia es absurda, señor Ivers. Admita que se equivocó. Y que por culpa de esa equivocación, hemos molestado en vano a una joven que, por cierto, es harto sensible y nerviosa.

—Lo lamento tanto como usted. Quisiera justificarme, dar excusas simplemente y admitir que me equivoqué. Pero como no es así, no puedo hacerlo.

—¿Insiste en asegurar que su historia es cierta? —Se irritó el policía.

—Sí —afirmó Glenn, rotundo—. Si quiere, puede arrestarme por molestar a un viajero y entrar indebidamente en su cabina. Haga lo que quiera, pero no me pida que niegue lo que estoy seguro de haber visto.

—Es usted muy obstinado. Pero tiene la fortuna de que esa joven no quiere proceder contra usted en absoluto. Esto se cierra aquí, discretamente, y asunto concluido. Pero no vuelva a cometer un error semejante, o no tendrá tanta fortuna. Incluso se le hubiese podido acusar de violación de una mujer solitaria, ¿se da cuenta de ello?

—Sargento, yo no soy un maníaco sexual ni nada parecido. Me despertó el ruido de la cabeza de esa joven, golpeando la pared de la cabina, y criando acudí, hallé un cuerpo totalmente inerte y desangrado, sin vida alguna. Insistiré en ello una y mil veces. Ahora…, ahora no sé lo que haya podido suceder. No me lo explico, pero estoy seguro de lo que vi.

—Señor Ivers, la señorita Svenson ya dijo que ustedes, los del cine, son gente un poco rara —sentenció secamente Goldsmith—. Además, usted trabaja en un género de películas que quizá excite su imaginación hasta el punto de hacerle ver lo que no hay, en especial cuando acaba de despertar de un profundo sueño. Eso sí tiene sentido, pero no el resto de su historia, entiéndalo bien. Ahora, buenas noches. Es muy tarde y ese lamentable incidente nos ha estropeado a todos el sueño. Intentemos, cuando menos, descansar hasta el amanecer.

—Yo no podré hacerlo ya —jadeó Glenn, incorporándose malhumorado—. Es imposible conciliar el sueño, después de lo que

vi, de lo que sucede aquí, sea ello lo que sea. Podría jurarlo. Esa mujer está muerta. Muerta, se lo aseguro. Las gotas de sangre en el suelo, en las sábanas…

—Recuerde lo que ella dijo —resopló el sargento con disgusto—. Se produjo una leve hemorragia en la nariz. Algo totalmente normal, no le dé más vueltas…

Se encaminaron a la salida del vagón restaurante, tras apagar la única luz. El joven actor de la Dart International iba hablando para sí, entre dientes, moviendo la cabeza de un lado para otro.

—Yo la vi muerta… ¿Qué ha podido suceder? ¿Qué extraña mujer es ésa?

El sargento le contempló de soslayo, sin hacer comentario alguno. Así regresaron al compartimento de Glenn. El policía se detuvo allí, tras asentir con un gesto a la petición del camarero de reintegrarse a su trabajo.

—Bien, señor Iberas —dijo—. Espero que vuelva a su litera, intente descansar y no moleste a nadie nuevamente.

—Esté seguro de que será así, sargento —prometió secamente Glenn—, pero ello no logrará hacerme olvidar lo que ha sucedido, lo que yo sé que realmente ha sucedido en esa cabina inmediata.

—¡Quítese eso de la cabeza, por todos los diablos! —rezongó Goldsmith, francamente furioso ya—. Estoy harto de oír hablar de todas esas fantasías suyas. ¿Qué cree que pudo suceder? ¿Imagina que algún ser humano vuelve a la vida, después de muerto?

—No sé… Todo es tan confuso… —Glenn se pasó la mano por su frente, como si tratara de despejar de su cerebro toda sombra de duda, incertidumbre o confusión, para añadir finalmente, con expresión sobresaltada—: Que yo sepa… sólo los vampiros pueden hacer algo así.

—Vampiros… —el sargento le miró estupefacto—. ¿Cree eso de verdad, señor Ivers?

—¿En los vampiros? No, no puedo creer en ellos. Sé que son supersticiones. Recuerde que yo trabajo en esa clase de argumentos, que nos hemos especializado en películas de ese tipo y que, ciertamente, nunca creí en esas historias como algo con posibilidades de ser real.

—Deformación profesional, señor Ivers. Ha creído usted vivir, tal vez, uno de sus fantásticos argumentos cinematográficos —rió

suavemente el sargento.

—Me gustaría que fuera sólo eso. —Glenn miró fijamente al policía. Luego, recordando algo, le aferró con energía un brazo—. ¿Se fijó en lo que llevaba esa mujer en torno al cuello?

—Claro —asintió Goldsmith—, un chal, un amplio pañuelo de seda o cosa así... ¿Por qué lo pregunta? Tal vez teme enfriarse la garganta...

—Antes... cuando hallé el... el cuerpo exánime... no llevaba pañuelo alguno, sargento. Vi su cuello desnudo... y tenía en él... dos incisiones. Dos orificios de colmillos o algo parecido... y parecía haberse desangrado por ellos.

—Dos incisiones... —el sargento dio un paso atrás, sobresaltado —. ¡Bah, tonterías! No puedo creer algo así, señor Ivers. No tiene sentido...

Pero su rostro, repentinamente, se había ensombrecido. Y Glenn lo notó.

—¿Por qué no entra de nuevo en ese compartimiento... y obliga a la señorita Svenson a quitarse el pañuelo, chal o foulard o como quiera que se llame, del cuello? ¿Por qué no le exige examinar su garganta?

—Es un disparate —resopló el policía, sacudiendo negativamente la cabeza—. No puedo hacer tal cosa. Ella podría entonces enfurecerse, presentar una denuncia contra mí... ¿Se imagina cómo explicaría a mis superiores el hecho de que yo había querido buscar en la garganta de una pasajera de este tren... las huellas de la mordedura de un murciélago o de un vampiro? No, señor Ivers, no quiero terminar en un centro psiquiátrico y destituido de mi cargo.

—¿Y si hallase esas huellas, realmente? —insistió el joven actor.

—¿Y si no las hallase? —Contraatacó el policía—. Resueltamente, no. No haré nada semejante. Sería una locura por mi parte. Y le aconsejo que no intente nada por su cuenta y riesgo, o terminará en una celda, apenas lleguemos a la inmediata parada. Buenas noches, señor Ivers. Y olvide todo ese disparate.

Se alejó por el pasillo. Glenn entró en su cabina y cerró secamente la puerta. El policía se detuvo en el corredor un momento. Giró la cabeza. Miró las puertas cerradas.

—Vampiros... Una mordedura... —susurró, perplejo—. Y ella

me dijo… que temía a los vampiros… que viajaban en este tren… ¡Bah, no es posible! Ella es una histérica, y él un obsesionado con sus películas y sus monstruos… Tiene que ser eso. Tiene que serlo, no puede ser de otro modo…

Y siguió adelante, con aspecto de hombre fatigado.

—El convoy, avanzando en la noche, parecía ajeno totalmente a cuanto sucedía en su interior. Era sólo una larga oruga vertiginosa, que avanzaba ya por entre las asperezas geográficas de Oregon.

CAPITULO IV

—Estoy satisfecho de ti, Ilonka —dijo la voz solemne del hombre moreno, enfrentado a la rígida mujer de cabellos negros y ojos fulgurantes erguida ante él, en las sombras del vagón de equipajes —. Muy satisfecho. Ya tenemos una más entre nosotros. La que sabía demasiado, la que podía hacer peligrar nuestros planes.

—Pero ella ha sido vista por el hombre vecino —dijo, fríamente, la mujer de nívea piel—. ¿Qué hacemos con ese hombre y con el policía?

—De momento, nada. Ambos van a Seattle, como nosotros. Tendremos ocasión de encontrarnos de nuevo con el hombre que vio el cuerpo de Ingrid Svenson, nuestra nueva hermana. No estaremos nunca demasiado lejos de él. La mansión de Ernst Kalutka es su destino. Y también el nuestro. Una misma razón nos guía hacia allá. Pero los motivos son diferentes. Muy diferentes.

—Pero el policía también sabe… Le visitó Ingrid cuando aún no era una de nosotras. Ahora conoce la versión de los hechos que le ha dado ese actor…

—Cierto —asintió el hombre cetrino—. Y él dejará Seattle en seguida, para regresar a California en otro tren. No conviene que sepa demasiado. Aún tenemos muchas cosas por hacer, y no podemos permitirnos que alguien venga a estropearnos los planes.

—¿Entonces…? —los negros ojos de Ilonka relampaguearon, y sus labios, ahora muy rojos, fueron golosamente humedecidos por su lengua, en un gesto sediento, perverso.

—Tal vez tengas razón. Será mejor impedir que ese hombre sea peligroso para nosotros. No serás tú quien se ocupe de él esta vez. Ya has tenido tu ración de sangre fresca. Las demás también están sedientas. Zarah será esta vez la encargada de saciar su sed… y resolvernos el problema del policía del tren.

Y mientras la *mujer-vampiro* revelaba en su rostro la decepción

que tal medida la producía, el hombre de tez oscura se inclinaba sobre el otro ataúd, y accionaba la tapa, alzándola con un chirrido prolongado. Otra hermosa criatura, rubia y espectral, envuelta en rojo sudario, reposaba allí, en el féretro, con sus brazos cruzados sobre el pecho.

Abrió lentamente sus ojos. Miró al hombre cetrino, con unas frías pupilas azules, límpidas, extrañamente vidriosas y malignas ahora. De no ser por la perversidad que asomaba a esa mirada, y por el destello de los incisivos alargados que aparecían entre sus carnosos labios exangües, hubiese parecido una hermosa virgen dormida.

—Tu amo y señor, Bela Zolesku, te ordena abandonar tu lecho y buscar sangre que sacie tu sed —habló, enfáticamente, el hombre moreno—. Zarah, incorpórate. Yo te señalaré al hombre cuya sangre deberás succionar, hermosa criatura de las tinieblas…

—Sí, mi señor —musitó ella con lentitud, como en trance hipnótico—. Siempre estaré dispuesta a obedecer a mi amo y señor, Bela Zolesku… Siento sed. Me arde la garganta…

—Pronto vas a sentirte satisfecha, Zarah —sonrió Zolesku, tras indicar a Ilonka que ocupara su sitio correspondiente en el otro ataúd. Luego, una vez se tendió la *mujer-vampiro* en su fúnebre reducto, cerró éste. Y luego ajustó la caja de embalaje de su Teatro del Horror.

—Adelante, Zarah —susurró—. Yo te guío…

Echó a andar, sigiloso. Zarah, la segunda *mujer-vampiro*, siguió dócilmente a su guía, con movimientos rígidos, pausados, fija la vidriosa mirada en el vacío. El perro enjaulado, les contempló, con sus pelos erizados y una mirada patética de terror, sin emitir siquiera aullidos, encogido en su jaula.

Pasaron junto al vigilante del vagón, que dormía profundamente en un rincón de la plataforma. Bela Zolesku no era ajeno a ese profundo sopor que le dejaba movimientos libres para entrar y salir del vagón de carga donde llevaba su tétrico Teatro del Horror, con las supuestas figuras de cera articuladas… que no eran otra cosa que auténticas *mujeres-vampiro*, espectros vivientes, hermosas No-Muertas, conducidas hasta la moderna Norteamérica por oscuros motivos que sólo él podía conocer…

* * *

Warren Kraft se frotó los ojos somnolientos. Miró, perplejo, hacia la puerta, inseguro de haber oído algo en el exterior. Masculló con desgana:

—¿Llama alguien?

Hubo una respuesta apagada:

—Sí, Kraft, Ábreme. Soy yo, Glenn. Es urgente.

—Por todos los diablos… —Kraft consultó la esfera luminosa de su reloj de pulsera—. ¡Son las tres y media de la mañana! ¿Qué tripa se te ha roto, ahora, Glenn, para venir a molestarme en pleno sueño? Sabes que mañana hay que trabajar duro y…

Pero fue a abrir, refunfuñando sin parar. Glenn entró con rapidez en la cabina y cerró tras de sí. El director cinematográfico se quedó mirándole, despeinado, y soñoliento.

—Es preciso que hablemos, Kraft —dijo Glenn, con rapidez—. Es muy importante.

—¿Y no podías esperar a mañana? —Rezongó disgustado su compañero de trabajo—. Dentro de sólo dos horas nos levantaremos y…

—Escucha esto, Warren. Ocurre algo en este tren. Algo grave e increíble. ¿Vas a escucharme atentamente? No podría dormir sin hablar antes con alguien de todo ello.

—Adelante —suspiró Kraft, resignado—, y procura ser breve, amigo mío…

Lo fue. El relato de Glenn se ajustó a todos los hechos acaecidos esa noche, con una concisión y claridad insuperables. Kraft abrió mucho sus ojos en varias ocasiones. Al final, meneó la cabeza, incrédulo.

—Como principio de un buen asunto de terror, está bastante bien —comentó.

—¡Es que no es un simple argumento para una película, Warren! —Se irritó Glenn—. Ha sucedido así, exactamente.

—Bueno, pudiste sufrir un error. El sueño, estas malditas películas nuestras… Todo puede contribuir a hacerle ver a uno cosas que no son…

—¡Al diablo contigo, Warren! ¡Hablo totalmente en serio, y estaba muy despierto cuando eso ocurrió! ¡Puedo asegurarte que todo es verdad, no imaginado!

—No pretenderás convencerme de que… de que los vampiros

existen… —jadeó Kraft.

—Yo nunca lo admití así. Todo me parecían tonterías para nuestras películas. Ahora es diferente. No sé qué pensar. Pero no me equivoqué, te lo aseguro.

—Bien. Y suponiendo que estuvieras en lo cierto, ¿qué podría hacer yo para ayudarte en este absurdo problema? —Quiso saber Warren Kraft, arrugando el ceño.

—Sé que no me crees. Pero necesitaba decírtelo. ¿No te parece demasiado casual que nosotros viajemos en este tren y suceda algo semejante?

—Si en realidad ha sucedido… ¿qué tenemos nosotros que ver en ello?

—Tal vez nada. Pero éste es el tren de Seattle. ¿Lo entiendes? Y en Seattle nos espera algo muy especial, algo que te obliga, a ti, a ir allá con motivo de la película en rodaje, ¿vas entendiendo?

—Diablo, no te referirás a…

—A eso mismo que ibas a decir, si. A Ernst Kalutka y a su mansión Los Cárpatos. Y sobre todo, a lo que guarda allí ese hombre…

—No podemos estar seguros de que sea realmente legítimo lo que dice poseer. Son sólo habladurías. Yo nunca he creído en… en… eso.

—Yo tampoco… hasta hoy —dijo fríamente Glenn—. Pero me veo obligado a creer a partir de ahora. Por lo tanto, ¿por qué no ser cierto lo que todos afirman y el propio Kalutka jamás ha negado rotundamente?

—No… no sé… —jadeó el director cinematográfico de la Dart International, pasándose una mano por la frente, nerviosamente—. Es tan fantástico… tan increíble… Ese hombre, por muy rico, caprichoso y audaz que sea… por mucho que haya viajado… no puede tener algo así en su mansión… Sería demasiado espantoso, demasiado inaudito…

—Pero nosotros vamos allá para intentar rodar en sus propiedades.

—Es diferente. Aunque todo sea, simplemente, un mito, vale la pena hacer allí algunas de las primordiales escenas del film. Darán un aire nuevo y sorprendente a nuestra película… y una publicidad muy especial.

—Pero ¿y ella? ¿Adónde va ella… y la persona que la succionó la sangre, si todo lo que he vivido esta maldita noche es cierto, Warren? —Clamó, angustiadamente, Glenn Ivers, agitando sus manos frenéticamente—. ¿Adónde van los vampiros que puede que viajen con nosotros en este mismo tren?

Kraft le miró fijamente, y luego meneó la cabeza, desorientado.

—No… no logro encontrar una respuesta, Glenn… porque para ello tendría que admitir que los vampiros
EXISTEN
. Y eso es demasiado gordo para aceptarlo así como así. Y no me taches de incrédulo. Ese policía reaccionó como puedo hacerlo yo. No te ha creído una sola palabra.

—Es cierto. Pero hubo un momento… en que algo le ocurrió.

—¿Qué quieres decir? —Kraft le miró fijamente, con escepticismo.

—Fue cuando nombré concretamente a… los vampiros. Noté su reacción. De súbito, asomó algo a sus ojos, tal vez inquietud… o miedo, no sé. Y su gesto se ensombreció. Estuve seguro de que dudaba. Pero eso duró sólo un momento. Luego se portó como si no creyera absolutamente nada de mi historia. Sólo que ya no era el mismo, podría jurarlo… cuando se marchó, algo le atormentaba.

—Eso no resuelve nada. Tal vez le llegaste a preocupar por alguna razón, pero no por ello vas a demostrar que existen los vampiros, Glenn. Es un disparate, compréndelo. Nuestras películas no pueden haber influido en ti hasta tal punto.

—Nunca creí en nada de eso. Pero siguiendo con mis pensamientos, Warren… ¿por qué no imaginar que los vampiros viajan, ahora, hacia Seattle como nosotros… movidos por esa misma razón?

—Los Cárpatos… —se estremeció Kraft, aún a su pesar. Eludió mirar a Glenn—. No. no. No puedo creerlo. Sería… aterrador si fuese cierto.

—Aterrador —asintió lentamente Glenn—, sí, ésa es la palabra. Da pavor imaginarse algo así, Warren. Si fuese cierto, seria enloquecedor.

—¿Por qué no te vas a acostar? —Gimió Kraft—. Mañana, cuando sea de día, verás las cosas de otro modo, estoy seguro. Y estas fantasías de esta noche te parecerán absolutamente increíbles.

—Ya me voy. —Decepcionado se encaminó a la puerta del compartimento. Antes se volvió a Kraft y masculló—: Me gustaría haberte convencido, pero…

En ese momento, se le heló la sangre en las venas. Y Kraft, que se disponía a subir a su litera para reanudar el descanso, pegó un respingo y casi se cayó contra el lavabo.

Un largo, agudo grito de mujer, un grito de profundo terror, conmovió todo el vagón.

Y ambos conocían bien la voz que profería aquel terrible grito de angustia.

—¡Sally! —Rugió Glenn, precipitándose al pasillo—. ¡Es Sally!

* * *

Era Sally, la compañera de Glenn, ciertamente. Sally Roberts, primera y joven actriz del elenco habitual para las películas de terror de la Dais International.

Cuando Glenn surgió al corredor, sucedían dos cosas.

Sally, apoyada en la pared del vagón, sollozaba, sujetándose el cuello con una crispación de sus dedos, mientras seguía gritando, llena de terror.

Al fondo del corredor, una especie de sombra rojiza desaparecía ya, entre el golpeteo de la puerta de separación con el vagón inmediato. Glenn se precipitó hacia Sally, la tomó entre sus brazos, tratando de indagar:

—Sally, Sally, ¿qué es lo que sucede? ¿Qué te ha ocurrido?

—Esa mujer… —sollozó la joven, señalando con mano temblorosa hacia la puerta que aún oscilaba—. Esa mujer rubia, de vestido rojo… Fue horrible. Me atacó… intentó clavar sus dientes en mi cuello… Sentí un dolor profundo…

Retiró su otra mano de la garganta. Glenn, lívido, se estremeció. Cambió una mirada con Warren Kraft, que se había quedado repentinamente demudado a la vista de lo que mostraba el cuello de la joven actriz.

Pudo descubrir allí una especie de alfilerazo profundo, y unas manchas de sangre. Sangre que también enrojecía los dedos trémulos de la muchacha.

—Dios mío, no… —Susurró, con espanto en la voz.

Glenn no dijo nada. En vez de ello, soltó a Sally, y echó a correr

vagón adelante, al tiempo que avisaba a Grafía:

—¡Cuida de ella y avisa al camarero o al policía del tren! ¡Yo voy en busca de esa maldita mujer!…

Pasó vertiginosamente la puerta de comunicación. Dirigió una ojeada al vagón inmediato. Vacío, a todo lo largo del corredor. O la mujer de rojo era muy rápida huyendo… o se había ocultado tras una de aquellas puertas. Pero ¿dónde?

A pesar de ello, siguió adelante, recorrió todo el vagón. En vano. No dio con nadie. Seguía otro vagón de viajeros, pero era inútil seguir adelante. Vio a un camarero de servicio paseando con una botella de refresco en la mano, frente a la plataforma. Ello quería decir que nadie pudo pasar por allí sin que él lo viese.

Regresó lentamente. Se sentía furioso por haber perdido todo rastro de la enigmática mujer mencionada por Sally. Cuando se reunió con ésta y con Kraft, observó que el director aplicaba un algodón con desinfectante a su orificio del cuello. La actriz no se quejó. Sus ojos dilatados se fijaron en Glenn, al verle venir.

—¿Escapó? —Quiso saber.

Glenn asintió, sombríamente. Sin duda Sally esperaba ya algo así, porque lanzó un suspiro, movió la cabeza y se limitó a decir:

—Lo imaginaba. Tenía algo de… de fuera de este mundo, Glenn. Parecía un espectro. Un hermoso espectro, pero no por ello menos terrible. Miraba de un modo… Antes de darme cuenta, estaba agachada sobre mi garganta, intentando morder… Noté su succión en mi piel… Era una sensación helada y terrible, como debía de serlo la de un vampiro en esas leyendas que nosotros interpretamos…

—¿Por qué estabas en el corredor, Sally? —Indagó Glenn—. Imaginé que dormías…

—Oí voces en el compartimiento dé Warren. Reconocí tu voz. Luego alguien golpeó suavemente mi puerta. Abrí, pensando que erais uno de vosotros… y me vi cara a cara con esa horrible y pálida mujer…

—¿Dijiste que era rubia y vestía de rojo? —interrogó Glenn.

—Sí. Muy rubia. Ojos claros. Su traje era largo como una túnica. Rojo oscuro. ¡Oh, su mirada…! —Tembló—. Era escalofriante, creedme.

—Te creo —asintió Glenn—. ¿Dirías que podía ser… un

vampiro?

—¿Una mujer-vampiro? —Se estremeció ella—. ¡Cielos…! ¡Sí! Podría serlo… si existiera realmente.

—Existen —aseguró Glenn, rotundamente. Miró a Kraft, que eludió su mirada—. Estoy seguro. Digan lo que digan otros… sé que existen. Ahora si lo sé, Sally.

Miró en dirección opuesta, de repente, tuvo una idea fugaz. La mujer pudo haber huido por el lado opuesto. Pero… ¿y si realmente era un vampiro? Podía salir al exterior, convertirse en murciélago, volar hacia atrás… y volver al tren en cualquier momento. Era una teoría delirante, pero ¿no lo era todo en aquellos momentos?

—Esperad —pidió—. Vuelvo en seguida.

Se encaminó al fondo del vagón por ese lado. Abrió la puerta de la plataforma y miró al vagón vecino, descubrió a un empleado ferroviario que dormitaba en la plataforma del vagón destinado a equipajes. Respiró con fuerza.

—Ahí está prohibido entrar —dijo, regresando—, pero el vagón de equipajes es un lugar adecuado para… ocultarse un ser de ultratumba. Warren, ve a avisar al camarero del tren, y que llame a la policía. Si voy yo, no me haría caso.

—Pero… ¿qué le digo, Glenn? Resopló Kraft, apurado.

—Lo que quieras. Di que una actriz ha sido agredida por alguien. Eso le hará venir. No aclares más cosas hasta que venga. Es un escéptico como tú.

Kraft, de mala gana, echó a andar hacia la cabina del camarero. Glenn ayudó a Sally a entrar en su compartimento. Le acarició suavemente los rojos cabellos. Ya se estaban abriendo los compartimentos de los demás miembros de la expedición cinematográfica, alarmados por las voces y movimientos en el corredor.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó suavemente Glenn.

—Sí, gracias —musitó ella—. Bastante mejor, Glenn. Pero sigo asustada…

—Es comprensible —sonrió él, con ternura—. Ahora debes descansar.

—No podré…

—Inténtalo, cuando menos. Buscaremos un médico en este maldito tren, para que te dé algún calmante. Yo me ocuparé de

guardar tu compartimento hasta que llegue la policía. Y calmaré a los demás. Buenas noches, Sally. Y trata de olvidar…

—Si fuese tan fácil…

—Sé cómo sientes —murmuró Glenn—. He pasado por una experiencia semejante no hace mucho.

Salió al pasillo. La opulenta y rubia Karin, así como Andy Wellman y los demás componentes del equipo técnico y artístico de la Dart International, se arremolinaban ante la cabina, en demanda de información. Glenn les hizo callar con un gesto.

—Por favor, no dejaremos descansar a los demás —avisó—. Yo les explicaré, calma…

De repente, sus ojos se fijaron en la puerta vecina a la suya. Seguía herméticamente cerrada. Y no era la cabina de Sally, sino la opuesta. La de Ingrid Svenson, la mujer a quien él viese primero sin vida, desangrada… y luego completamente normal y llena de vida. Al parecer, toda aquella confusión no había logrado alterar su sueño ni inquietarla lo más mínimo.

Estuvo tentado de llamar en aquella puerta, pero recordó el incidente con el sargento Goldsmith, y optó por esperar, mientras daba ambiguas explicaciones a sus compañeros, para tranquilizarles.

Del vagón inmediato, llegó, bruscamente, un grito. Esta vez era varonil, aunque reflejaba horror y angustia. Glenn se volvió vivamente. La voz de Kraft le llegó nítida, alarmante:

—¡Dios santo, Glenn, ven aquí, pronto!

No se hizo repetir la indicación. Echó a correr, pidiendo a todos que se quedaran allí, cuidando de que nadie entrase en la cabina de Sally bajo pretexto alguno. Poco después, se reunía con el demudado camarero del servicio nocturno, así como con Warren Kraft, que parecía muy impresionado.

Miró al interior de la cabina que ocupaba el sargento Goldsmith, temiendo lo peor.

La cosa era mala, pero tal vez no tanto como temiera en principio. Muy pálido, el sargento salía de allí, tambaleante, su mano derecha ensangrentada. Miró con ojos vidriosos a los tres hombres, se apoyó en la jamba de la puerta y balbuceó, con voz ronca e insegura:

—Esa… mujer… Me atacó… Reaccioné a tiempo, por suerte… y

ella huyó.

Glenn Ivers fue rápidamente junto al policía y le ayudó a salir de la cabina al pasillo, donde la temperatura era menos calurosa que en el interior del angosto recinto. Observó la incisión, aparentemente superficial, y la sangre que salpicaba la garganta y el cuello del pijama del policía. La piel del sargento aparecía muy pálida en estos momentos.

—¿Era una mujer rubia y con vestido rojo? —Quiso saber.

—Sí… —miró a Glenn, con gesto trémulo—. ¿Cómo lo sabe?

—Eso no importa ahora —examinó más de cerca las incisiones en la piel del policía—. Pudo haber sido peor, sargento. Si no resiste a esa dama, hubiera estado tal y como yo encontré a Ingrid Svenson: desangrado, sin vida. Pero a punto de convertirse en un No-Muerto, en uno de… de ellos.

—Ingrid Svenson… —jadeó el policía—. ¡Dios mío; ella…! Debí creer su historia, señor Ivers. Ella vino a mí pidiendo ayuda… y yo no la creí. Habló… habló de… de vampiros en este tren…

—¡Vampiros! —Glenn y Kraft cambiaron una mirada de angustia—. ¡Cielos, sargento! Hay que hacer algo, y pronto. Este tren está maldito. Todos podemos sufrir la contaminación de esas horribles criaturas. Esas mujeres-vampiro, con su succión, pueden convertirnos en seres como ellas mismas, en cadáveres vivientes… o lo que ellos sean en realidad. ¡Tenemos que ver a esa mujer, a Ingrid Svenson… porque me temo que ella

YA

NO

ES

la que era cuando le pidió ayuda tan desesperadamente! Sepa, además, sargento, que otra mujer ha sido atacada no hace mucho por ese hermoso monstruo rubio. Demasiados casos para ser una alucinación, ¿no cree?

Nervioso, trémulo aún, el sargento se enjugó la sangre de su herida, y echó a correr a lo largo del vagón, seguido por Glenn y por el despavorido camarero, que no daba crédito a sus ojos y oídos ante el horror que estaba empezando a ver ante sí.

Cuando el sargento se reunió con los miembros de la expedición cinematográfica, sus ojos fueron directamente a la cabina cerrada, tras saber que Sally Roberts se encontraba a salvo en su

compartimento, y que un médico que viajaba en el tren se estaba ocupando de ella con unos sedantes.

—Abramos esa puerta —ordenó, secamente, al camarero—. Es una orden, ¿entiende? Y estén preparados por si ocurre algo imprevisible.

El camarero temblaba como una hoja al viento, cuando extrajo su llave maestra y se acercó a la cabina, balbuceando:

—¿No… no sería mejor llamar antes y…?

—No —negó, rotundo, el policía—. Eso la pondría sobre aviso. Abra, y rápido.

Extrajo un revólver reglamentario, de chato cañón, calibre 38. Glenn sacudió la cabeza, escéptico.

—La leyenda habla de balas de plata, sargento —recordó—. Y también de ajos y de cruces, pero no dice nada de balas corrientes…

—No tengo otra cosa —masculló ásperamente Goldsmith. Exigió, imperioso, al camarero, haciendo un ademán con su arma—: ¡Abra!

Asintió el hombre, dominando su nerviosismo. Fue hacia la puerta cerrada, introdujo en el orificio la llave, y la hizo girar con firmeza. Glenn, tras una leve vacilación, se aproximó a la rubia y bien dotada Karin, y le pidió con rapidez.

—Pronto, Karin, dame tu cruz. Es sólo un momento… pero puede ser importante.

Indecisa, la joven le miró con sobresalto, y desprendió de su cuello, sin vacilar, la cadena de plata con una bella cruz del mismo metal. Rápido, Glenn la tomó en su mano resueltamente junto al policía, al tiempo que el camarero, apenas abrió la puerta, se hizo a un lado, medroso.

Goldsmith abrió la puerta sin vacilar. Tenía su dedo en el gatillo, presto a hacer fuego sin contemplaciones. Glenn alzó su mano, sosteniendo la cruz de plata en ella. Los demás, sobrecogidos, formaban grupo en el pasillo, pendientes de lo que allí sucedía, y que ellos ya antes habían vivido de modo ficticio, bajo los focos cinematográficos, en una situación de pura fantasía.

Sólo que ahora no era fantasía. Podía parecer increíble, pero estaban enfrentándose realmente a una amenaza de otro mundo: los vampiros…

CAPITULO V

El arma del sargento Goldsmith resultó tan inútil como la cruz de plata.

Al abrirse totalmente la puerta de la cabina y asomar ambos hombres dentro, la realidad se mostró evidente ante ellos.

La cabina del coche-cama estaba vacía.

Ni rastro de su ocupante, Ingrid Svenson No había nadie allí.

—Se marchó… —La voz del sargento sonó áspera, irritada.

—¿Adónde? —murmuró Glenn, roncamente—. Desde entonces, el tren no se ha detenido en lugar alguno. La velocidad es considerable… pero los vampiros vuelan, sargento.

—¿Cree que pudo convertirse en… en un murciélago y abandonar el tren? —Dudó el policía.

—No sé —se encogió de hombros el actor—. Así se hace en las películas… pero son películas solamente, por supuesto.

—Por supuesto —gruñó Goldsmith, arrugando el ceño. Se volvió al camarero—. Vamos a recorrer todos los compartimentos del tren, uno a uno. El pretexto será que buscamos a un delincuente que viaja en este convoy, ¿entiende?

—Claro —asintió el camarero, angustiado. Miró en torno—. ¿Cree… cree que ese murciélago puede aparecer, de repente… y atacarnos?

—No tema. Si lo hace, se enfrentará a mi revólver.

—Y a mi cruz —apoyó Glenn—. Puede ser más eficaz que las balas, si realmente nos enfrentamos a discípulos de Drácula.

Asintió el camarero. Echó a andar, seguido por los dos hombres. Los demás, vacilantes, no sabían qué hacer. Glenn resolvió por ellos:

—Volved todos a la cama —pidió—. Tú, Karin, hazme un favor.

—El que sea. Glenn —asintió la rubia.

—Quédate con Sally el resto de la noche, en la litera de abajo, te lo ruego. Y no abráis a nadie bajo pretexto alguno. Al menos, no

hasta que sea de día pleno, y no exista peligro. ¿Has entendido?

—Perfectamente, Glenn —asintió la rubia—. Descuida. La dejas en buenas manos.

—Lo sé —le tendió la cruz—. Toma. Tal vez la necesites más que yo.

—Glenn, si son vampiros… puede hacerte falta.

—Bastará cualquier clase de cruz —sonrió Glenn—, y sé cómo hacer una…

Entró en su cabina un momento. Salió con unas varillas metálicas, refuerzo de una de sus maletas. Había cruzado ambas, uniéndolas con un fuerte cable de plástico. Era una cruz tosca, pero tenía la forma deseada, que es lo que importaba en esta insólita situación.

—Espera —le cortó Kraft, pensativo—. Creo que tengo algo mejor. Ya no podría dormir. Iré con vosotros, Mark, deme la cruz de utilería de la película…

Mark, el encargado de producción, asintió yendo a su camerino con rapidez. De una maleta voluminosa, extrajo una cruz gótica, que llevó a Kraft. Era una pieza grande, imitando hierro, pero en realidad estaba hecha de material plástico y servía para una dramática escena de exorcismo demoníaco, en la película.

—Nunca creí que tuviera una utilidad semejante —manifestó, enarbolándola con facilidad, dado su escaso peso—. Adelante, amigos. Vamos a buscar a esas mujeres-vampiro… si es que están todavía en este tren.

* * *

Tal vez no estaban ya. O ellos no fueron capaces de encontrarlas.

Lo cierto es que no apareció, por parte alguna, ningún viajero que no estuviese registrado en su correspondiente billete y reserva. Pero tampoco apareció por parte alguna, viva o muerta, Ingrid Svenson. Era como si se hubiese evaporado en pleno viaje.

—Y ahora… ¿qué? —indagó curiosamente Warren Kraft, al terminar la inútil búsqueda.

—Ahora, ya poco podemos hacer —resopló amargamente el policía, señalando al exterior—. Miren. Nos detenemos en Portland. Estamos en la ciudad más populosa e importante de Oregon. Pero no es sólo eso. Es la última parada en este Estado. Cruzaremos en

seguida la divisoria con el estado de Washington [1]. Y está a punto de amanecer. Si la leyenda es cierta también en eso, los vampiros vuelven a sus tumbas antes de la primera luz del día.

—Infiernos, es cierto —refunfuñó Kraft—. Nunca creí que llegase a estar hablando de cosas así, seriamente. Pero debemos admitir que los vampiros siempre fueron criaturas de la noche, malditos sean todos ellos.

—Será difícil, en ese caso, dar con ninguno cuando salga por el horizonte la primera claridad —suspiró el sargento Goldsmith con tono cansado—. ¿Qué tal si vamos al coche-restaurante y tomamos un café? Creo que a todos nos vendría bien, y podríamos discutir el asunto.

—No es mala idea —admitió el director cinematográfico—. Nuestra idea era rodar hoy un par de escenas en el tren, con la primera claridad del día. Pero renuncio a ello. Avisaré a Frank para que suspenda el rodaje. Ninguno estamos en condiciones de ponernos a trabajar. Y menos en un maldito asunto de vampiros.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió Glenn Ivers, sombrío—. Además, ni Sally ni Karin creo que estén en condiciones de enfrentarse a un trabajo así. Y menos, si tiene que ser Sally la atacada por un vampiro. No lo resistiría, estoy seguro.

—Creo que nadie lo resistiría. Bastante será que podamos terminar la película normalmente cuando estemos en Seattle. Y juro que no volveré a aceptar ningún otro trabajo semejante, en toda mi vida. Prefiero dedicarme a los dibujos animados o a las películas del oeste.

Regresaron lentamente al vagón donde reposaban los demás miembros del grupo cinematográfico. Tras comprobar que Sally descansaba bajo el efecto de los sedantes, y que Karin estaba con ella, pasaron al vagón-restaurante, en el que un camarero con trazas de haber dormido poco, preparaba ya los servicios de desayunos. Iba a protestar por su intrusión cuando el sargento le mostró su credencial y le espetó, sin contemplaciones:

—Sírvanos café, pronto. Y no deje entrar a nadie todavía.

—Sí, sargento —se apresuró a asentir el camarero.

Se acomodaron los tres en una mesa del vagón, junto a una ventanilla, por la que se descubría el panorama urbano de Portland, junto al mar, la ciudad industrial de Oregon, en cuya estación

estaba detenido ahora el convoy.

En la distancia, los humos industriales flotaban sobre las zonas de factorías, fábricas y almacenes, o daban un matiz grisáceo a las edificaciones urbanas. En la estación sonó un silbato de aviso, indicando la proximidad de partida del expreso Los Angeles-Seattle.

El sargento Goldsmith respiró hondo, retrepándose en el asiento y dejando vagar su distraída mirada por el panorama gris.

—Bien, señores —dijo con lentitud—. Creo que ha llegado el momento de afrontar los hechos con toda crudeza y sinceridad, por extraño y absurdos que nos parezcan.

Glenn Ivers asintió.

—Es lo que yo intenté con anterioridad, sargento, cuando le hablé de lo sucedido en la cabina de Ingrid Svenson.

—Lo sé, lo sé. Y le ruego me perdone —le interrumpió el policía —. Por entonces, yo no podía creer en vampiros. Como nadie lo hubiese creído. Tampoco creí a Ingrid Svenson en persona, y eso me hace sentir responsable de su terrible final.

—Usted nada hubiera podido hacer, sargento, si ella fue, en realidad, vampirizada —sonrió amargamente Ivers—. ¿Qué le dijo exactamente esa joven?

—Que ella sabía algo. Que conocía la presencia de una amenaza terrible en este mismo tren. Que era perseguida por alguien. ¡Ahora sé por quién, maldita sea!

—De modo que Ingrid Svenson sabía algo. Algo que todos ignoramos aún —comentó Kraft gravemente—. Por eso fue atacada por un vampiro, la desangró, y luego se produjo la inevitable mutación. Una vez muerta, pasó a ser una de «ellos».

—Así debió ser. Luego, una mujer intentó vampirizar también a su compañera de trabajo, la señorita Roberts —anuncio el policía—. Y, no contenta con eso, me atacó también a mí. Cuando me desasí de ella, forcejeando contra unos brazos femeninos que tenían una fuerza insólita, echó a correr y la perdí de vista. Era una mujer, y muy hermosa, por añadidura. Rubia y con vestido rojo, como ustedes dijeron, ¿qué sentido tiene eso?

—No sé sargento, Pero usted parece ser quien sabe más de todo esto, gracias a la señorita Svenson.

—Lo que entonces escuché, me pareció demencial. Habló de mujeres-vampiro que viajaban en este tren, conducidas por alguien,

un monstruo de maldad, con un determinado propósito, que nunca llegó a revelar, por culpa mía, sin duda alguna. Eso sí, dijo que procedían de Europa.

—¡Europa! —Glenn Ivers se irguió, palideciendo. Cambió una mirada con su amigo Warren Kraft—. ¡Cielos! ¿Es cierto eso, sargento?

—Sí —el policía le contempló, perplejo—. ¿Quiere decir algo?

—Tal vez mucho —jadeó Glenn—. Este tren va a Seattle. Allí tenemos previsto rodar las más importantes escenas de la película. El lugar elegido es uno que muy bien podría pasar por una región de Europa Central. Una hacienda que se llama Los Cárpatos y que es propiedad de un millonario de origen centroeuropeo, llamado Ernst Kalutka.

—Quizá mi colega de Seattle, el teniente Riordan, conozca a ese hombre. Somos buenos amigos Riordan y yo. Si necesitan su ayuda, para algo, puedo recomendarles a él. Estará en la estación cuando lleguemos, porque presta habitualmente servicio, también, en las líneas ferroviarias de largo recorrido. ¿Creen que ese millonario puede tener algo que ver con las mujeres-vampiro?

—Posiblemente sí, sargento —asintió sombríamente Kraft—. Posiblemente sí, aunque no directamente con él, sino con algo que tiene en su hacienda, algo que posee ese hombre y que puede haber provocado cuanto está sucediendo en este tren ahora. Sin duda, esa joven, Ingrid Svenson, sabía lo que se incubaba, y trató de evitarlo, con riesgo no ya de su propia vida, sino también de su propia alma, puesto que si hemos de aceptar también el ritual y tradición de los vampiros, tal como Abraham Stoker y las leyendas eslavas lo mencionan, al ser vampirizada, pasa a ser a su vez un vampiro y, por lo tanto, un servidor de las fuerzas del Mal, que reposa de día en su tumba, para buscar de noche la sangre de otros seres, que sirvan de alimento a su propia existencia de criaturas No-Muertas.

Se estremeció el policía, asintiendo silenciosamente con un movimiento de cabeza. Los cafés habían sido servidos, y todos ellos los tomaron casi con avidez, mientras sus cerebros funcionaban en la ingrata tarea de dar vueltas y más vueltas al horror que estaban viviendo.

—Y bien —musitó el policía—. ¿Qué es eso que posee el tal Kalutka, en su mansión de Seattle? ¿Tanta importancia puede tener

para los vampiros?

—Mucha más de lo que puede imaginar —suspiró cansadamente Glenn—. En ello debe condensarse toda la pesadilla que nos envuelve. Hasta ahora, pensé que no podía ser cierta la posesión de ese algo que se guarda en la mansión de Kalutka. Ahora, mucho me temo que sea la única explicación posible.

—¿Y se trata de…?

Glenn Ivers respiró hondo. Luego, se lo dijo.

Un escalofrío sacudió al sargento Goldsmith, que miró, estupefacto a los dos hombres. Kraft, sombrío, se limitó a afirmar. El policía, demudado, sólo atinó a jadear, con voz ronca:

—¡Dios mío, no… Dios mío…!

* * *

Ernst Kalutka se volvió displicente hacia su secretario, Sax Bauman.

—¿Es ésta la solicitud, Bauman? —indagó.

—Sí, señor —asintió el silencioso personaje erguido junto a su mesa de trabajo, mueble sólido y suntuoso, de espléndida madera de caoba, situado ante la cortina granate, de pesado terciopelo, que cubría aquella parte del salón—. Llegó hace cosa de tres días. Hoy han debido llegar a Seattle, y esperan respuesta en el Hotel Canadá.

—Entiendo —el millonario se frotó la mandíbula, pensativo, y dio vueltas a la carta entre sus dedos enjoyados. El membrete de la Dart International Pictures, resaltaba en el encabezamiento de la misiva—. ¿Ha comprobado si llegaron ya a Seattle esos cineastas?

—No, señor. Esperaba instrucciones suyas. Como hasta ahora se ha negado a permitir que los periodistas y noticiarios de cine y televisión tomen fotografías o filmaciones del recinto…

—Esto es diferente —sonrió Ernst Kalutka—. Se trata de un filme de terror, Bauman.

—¿Eso significa alguna diferencia? —Dudó su secretario.

—Mi querido amigo, toda mi afición a estas cosas, comenzó justamente con las viejas películas de terror de la Universal, cuando yo era niño. Entonces, tomé apasionadamente esos temas, y soñé siempre con alcanzar algo que nadie, antes de mí, hubiese alcanzado jamás. Ahora, me siento satisfecho de ello.

—¿Se refiere a… a la cripta del jardín, señor?

—Claro. ¿A qué otra cosa, si no? —Miró extrañado el millonario a Saxo Bauman.

—Bueno, usted sabe cómo pienso yo al respecto, señor —habló con cierta cautela el joven y moreno secretario, de rostro taciturno, facciones angulosas y ojos profundos, de un gris metálico—. Nunca he creído a pies juntillas en la realidad de su posesión.

—Lo sé —suspiró el magnate—. Para ti, fui engañado como un chino.

—No digo eso, pero…

—Pero se le parece bastante, Sax —soltó una carcajada Kalutka —. No crees en ello, en suma.

—Lo siento, señor. No puedo creer. Es… demasiado fantástico para mí.

—Yo, en cambio, sí creo. Ciegamente. Claro que sólo hay un medio de comprobar quién tiene razón… y ese medio no pienso utilizarlo jamás. Sería demasiado arriesgada.

—Le entiendo, señor. No pretendo tampoco que llegue tan lejos. Siempre existe una remota posibilidad de que las cosas sean como usted imagina. Pero, mientras tanto, seguiré albergando dudas razonables sobre ello.

—Una actitud muy lógica en un hombre frío y desapasionado como usted, Sax. Pero yo soy distinto, ya se lo dije. Aquel viejo cine de horror me llenó de sueños imposibles, la mente. Cuando tuve ocasión, viajé a Europa Central y… Bien, ya sabe el resultado. Me siento satisfecho de ello. Y porque tengo fe en que no me engañaron, prefiero que ese recinto siga cerrado por años y años.

—En cuyo caso, no debería autorizar que nadie ruede una película en esa zona.

—Ya le dije que el cine despertó esos sueños en mí. Sería injusto negar ahora al cine la devolución de parte de lo que en mí alimentó. No autorizaré bajo ningún concepto que se ruede escena alguna dentro de la cripta, pero sí permitiré que se filme en el jardín, en los exteriores del recinto y en este edificio, si así les gusta. Llámeles cuando quiera al hotel, y dígale al señor Kraft, que firme esta petición, que les autorizaré la visita a mis propiedades cuando tenga a bien hacerlo. Eso es todo.

—Bien, señor. —Sax inclinó la cabeza, respetuoso—. Así lo haré. Pero esa gente va a revolver mucho el ambiente de este lugar. La

gente de cine es siempre bulliciosa, desordenada, poco respetuosa con las cosas de los demás.

—Amigo mío, creo que odia usted todo lo que sea cine —rió de buena gana el millonario—. Vamos, vamos, no ponga objeciones, y haga lo que le digo. Luego, tráigame los documentos cotidianos a firmar. Pero no aquí, sino a la piscina cubierta. Mis chicas deben estar esperando allí desde hace tiempo, y no debo dejarlas solas.

Guiñó maliciosamente un ojo a su secretario, y cuando éste ya se retiraba, añadió, con una risa jovial:

—Después de todo, cuando a los cincuenta y cinco años se tienen tres bellas mujeres por esposas sin necesidad de haberse casado uno con ninguna de ellas, y sin que existan celos entre ellas, hay que ser complaciente con todas ellas, o se corre el riesgo de que terminen aburriéndose.

Sin responder palabra alguna, Sax Bauman abandonó la amplia estancia de muros de piedra y grandes colgaduras, que parecía exacta reproducción de cualquier salón europeo de tiempos pasados.

Sólo que allí, además del fuego del hogar, había una moderna calefacción y aire acondicionado para las épocas calurosas, no demasiado abundantes en aquel punto de Washington. Después de todo, la propiedad de Ernst Kalutka, el caprichoso millonario, era una mezcla pintoresca de vieja mansión señorial europea, y moderna vivienda americana, provista de toda clase de confort.

Y, por si fuera poco, estaba aquel rasgo de sibaritismo de su dueño, tres mujeres residiendo entre sus muros. Tres mujeres que no eran esposas de Kalutka, pero que formaban su harén particular. Tres bellezas, elegidas siempre cuidadosamente, para hacer feliz al magnate de Seattle.

Aparte la misteriosa y preciada propiedad que Kalutka guardaba tan celosamente en una cripta escondida en los frondosos jardines de su hacienda.

Una propiedad insólita, que atraía no sólo a un grupo de cineastas de Hollywood sino lo que era peor —y que Kalutka y su secretario parecían ignorar por completo—, a unos diabólicos, misteriosos seres de ultratumba, manipulados por un siniestro personaje llamado Bela Zolesku.

Esos seres eran las *mujeres-vampiro* del expreso Los Angeles-

Seattle. Y estaban mucho más cerca de aquel lugar de lo que nadie pudiera imaginarse.

CAPITULO VI

Bela Zolesku bajó sus bártulos a la amplia estación de Seattle, donde acababa de terminar el viaje desde Los Angeles. Sus cajas plastificadas, anunciando las atracciones del Teatro del Horror, fueron cargadas en una vagoneta, y conducidas a una furgoneta que esperaba en el exterior.

El hombre de tez morena pasó con sus embalajes, justamente al lado del grupo que formaban en el andén el sargento Goldsmith, el director Warren Kraft, el actor Glenn Ivers, y un joven alto, rubio y fornido, de aire deportivo, que acababa de ser presentado por Goldsmith con el nombre de teniente Patrick Riordan, de la policía de Seattle.

Los oscuros, profundos ojos de Zolesku se cruzaron un instante con los de Glenn Ivers, que charlaba con el oficial de policía local. Indiferente, el actor dejó también resbalar su mirada sobre la orgía de sangre y sexo que un dibujante excesivamente chillón y de dudoso gusto había trazado en los voluminosos equipajes del teatrillo provinciano que, como museo de todo lo espantoso, recorría el país de forma humilde.

Glenn no pudo evitar un estremecimiento ante las ilustraciones propagandísticas de aquellos embalajes, donde proliferaban la sangre, las rubias de pechos voluminosos y grandes caderas, los vampiros, las momias, las telarañas y los monstruos de azulada piel y zarpas horribles. Algunos rótulos llamativos, atrajeron su atención por un instante:

«

FIGURAS

DE

CERA

SENSACIONALES

.
MUSEO
DEL
TERROR
.
MONSTRUOS
,
VAMPIROS
Y H
ERMOSAS
MUCHACHAS
ENDEMONIADADAS
. ¡
VIVA
LA
ANGUSTIA
Y E
L
MIEDO
EN
EL
TEATRO
DEL
HORROR
DE
BELA
ZOLESKU
!
SÓLO
POR
UN
DOLAR
LA
ENTRADA
».

Glenn suspiró, meneando la cabeza de un lado a otro.

—Ese teatrillo de mala muerte —comentó—. Incluso un espectáculo tan absurdo me trae ahora malos recuerdos.

El teniente Riordan se volvió hacia él, lo mismo que todos los demás.

—¿Decía, señor Ivers? —demandó.

—No, nada —negó con la cabeza Glenn—. Creo que hasta nuestras películas, tan divertidas hasta la fecha, van a causarme horror desde hoy.

—Es lógico que piense así —admitió el policía, mientras el hombre moreno se alejaba definitivamente hacia el exterior de la estación, con su cargamento de terrores de guardarropía. Tras una corta pausa, añadió, con gesto pensativo—: Lo cierto es que, de no relatarme mi compañero Goldsmith lo sucedido, no hubiese dado crédito a una sola palabra de esa historia, se lo confieso. Y aún así, sostengo que todo ha de tener una explicación razonable, sensata, y no la que todos imaginan.

—Yo me he cansado de analizar la cuestión, teniente, y siempre obtengo igual conclusión —se lamentó Glenn—. Si no hubiera visto sin vida a Ingrid Svenson, y luego aparentemente resucitada, admitiría que cabía una versión realista de las circunstancias, pero así… debo rendirme a la evidencia y admitir que existe lo sobrenatural, lo que no es de este mundo. Lo que viene de más allá de la tumba, en resumen.

El rubio teniente Riordan se rascó sus dorados cabellos, como si le costara trabajo admitir que hablaba de hombres adultos, de un problema serio y gravísimo.

—De momento, sin embargo, no haremos una denuncia oficial de los hechos —resolvió—. Mis superiores exigirían pruebas más evidentes que todo eso, para admitir como verosímil un asunto de vampirismo, entiéndanlo.

—Le comprendo muy bien, Riordan —asintió su colega de Los Angeles, con aire taciturno—. Yo hubiese obrado igual en su lugar. Pero le aseguro que terminará tan convencido como yo. Hay algo monstruoso y terrible en todo esto. Por desgracia, me temo que no tardaré mucho en comprobarlo.

—Dejen el asunto de mi cuenta. Haré examinar detenidamente los vagones, una vez abandonados por los viajeros. No podemos retenerles bajo pretexto alguno, y tampoco revisar sus equipajes. Una mujer no desaparece una vez vuelta a la vida, así como así. No creo que nadie la lleve consigo sin que se advierta su presencia. De

modo que haré investigar discretamente a los viajeros cuyos datos poseemos, e instalaré una vigilancia prudencial en torno a la finca de Kalutka, Los Cárpatos, que se halla a media distancia entre el centro urbano de Seattle y la pequeña población vecina de Kirkland. A cosa de unas cuatro millas de aquí, poco más o menos. ¿Ustedes van a ir directamente allí a rodar su película?

—No —negó Kraft—, ni siquiera tenemos aún la autorización del dueño de la propiedad. Nos alojaremos en el Hotel Canadá. Allí esperaremos la decisión de Ernst Kalutka. Y también sus noticias, buenas o malas, si es que las hay, teniente.

—Muy bien —les tendió su mano cordialmente—. Vayan tranquilos. También haré que sean ustedes vigilados discretamente, por si alguien intenta atacarles. Les tendré al corriente. Y bienvenidos a Seattle, si es que en estas circunstancias puede decirse eso, sin que suene a sarcasmo.

—De todos modos, gracias, teniente Riordan —suspiró Glenn Ivers—. Y a usted también, sargento Goldsmith. Ya es bastante contar con la ayuda y la credulidad de la policía, en un caso semejante, créame.

* * *

—Ya están en camino, señor —dijo Sax Bauman, siempre cortés y respetuoso—. El señor Kraft, personalmente, recibió la noticia. Parecía muy complacido, pero no como yo esperaba.

—¿Qué quiere decir, Sax? —se interesó el millonario, dejando de juguetear con las tres bellezas que le rodeaban en las aguas azules y limpias, a temperatura templada, de la piscina bajo la gran bóveda encristalada de su pabellón deportivo.

—Es difícil definirlo, señor, pero noté al señor Kraft algo preocupado. Me dio las gracias con escaso entusiasmo, y luego hizo una pregunta rara.

—¿Qué pregunta? —La extrañeza del dueño de Los Cárpatos iba en aumento, y hasta dejó de acariciar los muslos de la bellísima rubia flotante a su lado en las aguas, para mirar, pensativo, a su secretario, erguido junto a la piscina.

—Bueno, él… él preguntó si había venido alguien… si alguna persona se había interesado, aparte de ellos, por su propiedad y por la cripta. Cuando le contesté negativamente, le oí soltar un suspiro

de alivio y algo así como: «¡Menos mal…!». Luego, me repitió su gratitud, y colgó, anunciando que emprendían la marcha hacia aquí inmediatamente. Eso es todo, señor.

—Extraña pregunta y extraña curiosidad la de ese hombre —comentó el magnate, volviendo a sus juegos, mientras ellas reían. Dio caza a una esplendorosa morena de ampulosas caderas, grandes senos macizos que desbordaban el pequeño bikini, y la acarició, mientras las otras dos se zambullían en las aguas azules. Meneó la cabeza, intrigado, y añadió para sí—: Extraña, sí. Muy extraña. ¿A qué se habrá referido?

Sax dejó sobre una mesa situada junto a la piscina, los documentos y correspondencia del día, para que su jefe lo firmase todo, y se retiró discretamente, porque sabía muy bien que a Ernst Kalutka le disgustaba mucho que hubiera testigos de sus devaneos con sus chicas, como él acostumbraba a llamar a sus bellezas de turno.

—¡Suéltame, cariño! —Protestaba la morena, tratando de zafarse de las manos recias y velludas del millonario—. ¡Vamos, déjame, que ya he visto que te gusta más Priscilla que yo!

—Conque celosa, ¿eh? —Rió el dueño de la casa, recorriendo ardorosamente el sensual cuerpo de la morena—. Ya sabes que eso está prohibido en mi reglamento, Laura querida. Nada de celos. Cuando me place una, las demás deben aceptarlo. Son las reglas del juego, gatita, recuérdalo bien.

—Me cuesta trabajo aceptar esa regla —arrugó ella la naricilla y los carnosos labios en un mohín de fastidio—. Me gustaría ser sólo para ti, sin ninguna más.

—¡Eh, miren la egoísta! —Voceó la rubia Priscilla, emergiendo junto a ella, y haciendo vivos gestos a la muchacha de cabellos castaños que con, un bikini rojo, nadaba grácilmente al otro extremo de la pileta—. ¿Has oído a Laura, Lee? ¡Quiere a Ernst para ella sola, olvidándose de las reglas!

—¡Pues duro y a por ella! —clamó la llamada Lee, nadando con larga y rápida brazada hacia ellos—. ¡Ya sabe lo que le espera a la muy bribona!

—¡No, no, esperad! —Protestó vivamente Laura, alzando sus brazos—. ¡No hagáis nada! ¡Tengo derecho a expresar mi opinión, cuando menos! Ayúdame, Ernst.

—Lo siento, amorcito —rió él, burlón, divirtiéndose con aquella escena—. Tú te lo buscaste. Recuerda: reglas del juego.

Y se apartó, riendo, mientras la morena trataba de evadirse de sus dos compañeras. No lo logró. Priscilla y Lee dieron alcance a Laura, y la arrastraban con ellas, entre risas, al fondo de la límpida, transparente agua azul. El millonario, con ojos lúbricos, chispeantes de complacencia voluptuosa, seguía con mirada atenta las evoluciones de aquellos tres cuerpos esculturales y magníficos, enredados en una lucha alegre.

Poco después, se sumergía también él, arrastrado irresistiblemente por la escena de los cuerpos femeninos, que resaltaban violentamente sus formas turgentes, y apenas emergieron, arrastró fuera del agua a una de las mujeres, precisamente a la morena Laura.

La rubia Priscilla y Lee, la de los cabellos castaño suave, se reían como locas mientras eran testigos de la escena.

Arriba, sobre la gran vidriera que cubría la piscina templada, un sol ya en declive iluminaba la finca amplísima y acotada que era Los Cárpatos, a sólo una milla escasa de la población de Kirkland.

Pero alguien más que el indiferente y redondo disco solar llegaba a penetrar la intimidad de aquellas vidrieras, para presenciar la voluptuosa escena junto a las aguas azules.

Alguien situado bastante lejos, sobre una loma próxima, entre la densa arboleda conífera, propia de la región norteña. Alguien con unos potentes binoculares, tendido en tierra entre los matorrales, y junto a una furgoneta comercial.

Un hombre enjuto, moreno y sombrío, de aceitosos cabellos negros y ojos de azabache brillante.

—Cerdo —musitó entre dientes, contemplando la escena—. Un sucio y pervertido individuo, cargado de dinero, de vicio y de caprichos. Tendremos que ocuparnos también de él. Y de las chicas. Sobre todo de las chicas. Son hermosas. Y lo serán mucho más cuando la palidez de la tumba blanquee su epidermis y vengan a reunirse con mis criaturas. Mis criaturas que son las tuyas, mi señor.

Y al decir esto, Bela Zolesku, el misterioso viajero que llevaba el Teatro del Horror, miraba a un punto indefinido, mientras un ardor extraño y una devoción fanática hacía temblar sus extrañas, palabras, dirigidas a alguien que no parecía estar en parte alguna, al

menos en forma visible.

Luego, con igual sigilo que espiara la escena en el pabellón deportivo de Ernst Kalutka, se deslizó alejándose de allí, mientras guardaba los potentes prismáticos. Entró en la furgoneta, que puso en marcha, y se adentró en el frondoso boscaje de abetos.

* * *

—Está oscureciendo muy rápidamente.

Asintió Glenn con un estremecimiento. Su comentario fue trivial, quizá para ocultar sus más íntimas preocupaciones: —En el norte del país siempre ocurre igual. Esto no es Los Angeles, Warren. La noche se echa encima sin darse uno cuenta, apenas el sol roza el horizonte.

Kraft asintió, mirando los últimos reflejos rosados del sol poniente, ya escondido por el Oeste, tras las montañas boscosas, en un cúmulo de blancas nubes que se apelmazaban sobre las colinas próximas a Kirkland.

Tras ellos, las dos mujeres y Andy Wellman, el segundo actor, permanecían en silencio compartido por el resto del equipo técnico y los dos artistas de reparto que completaban el grupo. El pequeño bus iba remontando la empinada cuesta entre densos grupos de abetos, aproximándose a Los Cárpatos. Un indicador acababa de señalarles que faltaba una milla para la propiedad privada de Ernst Kalutka, con prohibición expresa de adentrarse en ella.

Pero los miembros del equipo cinematográfico tenían la autorización previa del propio Kalutka, transmitida telefónicamente por su secretario, Sax Bauman, y la prohibición no contaba para ellos.

Glenn se volvió, mirando a su joven compañera. Sally estaba bastante mejorada desde la noche antes, aunque bajo sus mejillas sonrosadas aún permanecía algo de la palidez que provocara en ella el demoníaco ataque de la *mujer-vampiro*.

—¿Todo bien, Sally? —le preguntó suavemente.

Ella asintió, mirándole con ojos ligeramente medrosos. La proximidad de las sombras de la noche, parecía inquietarla, y con razón. El abrupto paisaje que estaban cruzando ahora en el estado de Washington, no desmerecía en nada de cualquiera de los que se presentan como habituales en Transilvania. Altas montañas,

frondosos bosques, profundas gargantas y un aire frío y cortante a medida que la oscuridad caía sobre el lugar, hacían de aquella región una copia bastante aproximada de los auténticos ámbitos donde se hiciera famosa la leyenda de los No-Muertos.

—Sí —musitó—. Está todo bien, Glenn, gracias. Me siento mejor. Pero este lugar me produce escalofríos, no sé por qué.

—La temperatura es muy diferente a la de California —sonrió Glenn, tratando de ser nuevamente trivial—. Éste es el norte, Sally. Tenemos el Canadá a unos pasos, y eso se nota para los que vivimos en lugares cálidos y soleados.

—No me refería a eso, Glenn —suspiró Sally con un hilo de voz, bajando su cabecita de rojos cabellos—. Es otra clase de frío el que siento.

Glenn no contestó. A su lado, Warren cambió con él una mirada inquieta. Y tampoco hizo comentario alguno. El conductor del microbús, seguía sin embargo, imperturbable en su tarea de conducir el vehículo a través de los bosques y de las estrechas carreteras interiores. Incluso se puso a silbar una tonada alegremente, momentos más tarde. Glenn se preguntó si no estarían dramatizando las cosas al preocuparse tanto. A fin de cuentas, todos ellos se encontraban perfectamente, salvo el mal recuerdo de Sally y su leve señal en el cuello.

Momentos más tarde, el microbús abandonó la carretera, que continuaba sus serpenteos por entre los bosques de abetos, en dirección a Kirkland, para desviarse por un sendero polvoriento, que discurría entre altísimas coníferas, y a cuya entrada se leía con toda claridad en un enorme tablón:

LOS
CARPATOS

«

PROPIEDAD
PRIVADA
DE
ERNST
KALUTKA

PROHIBIDO

EL
PASO
RIGUROSAMENTE
».

Avanzaron. De pronto, se encontraron ante una valla metálica que les impedía seguir. Un hombre vestido con cazadora de cuero, cuello de pieles, y camisa de franela a cuadros, íes detuvo. Empuñaba un potente rifle de repetición.

—Alto —levantó un brazo—. ¿Quiénes son y adónde van?

—Pertenecemos a la compañía cinematográfica Dart International, de Los Angeles. —Warren exhibió una credencial, que el hombre examinó a la luz de una potente lámpara eléctrica—. El señor Kalutka nos ha autorizado para…

—Lo sé, señor —afirmó el otro, cortándole—. Pasen. Ya me han avisado. Pero sólo pueden entrar las personas autorizadas, compréndalo.

—Sí, gracias —murmuró Kraft, observando cómo el hombre pulsaba un resorte interior, en la valla, y ésta se alzaba con un leve zumbido. Pasó el microbús con sus ocupantes y los materiales cinematográficos oportunos, como cámaras, cajas de película virgen, maquillajes, utilería y vestuario.

—Admirable —comentó Andy Wellman—. El tipo lo tiene todo bien organizado. Pero no veo por aquí más cables que los telefónicos. ¿De dónde le llegará la energía eléctrica a esta propiedad?

—Creo que instaló una potente batería de energía solar —comentó Kraft, encogiéndose de hombros. Luego, señaló a una torre metálica que emergía de los abetos, allá en la distancia, con una especie de enorme espejo cóncavo en su cima—. Sí, véanlo. Una batería solar semejante a las de los satélites artificiales, pero mucho más potente. Puede suministrar calor, energía y recursos eléctricos a toda la finca, e incluso conservar una enorme reserva de dicha energía, para cualquier largo período en que haya tiempo muy nublado y obtenga poca luz solar. Son las maravillas de nuestra época, amigos. Claro que hacen falta millones para gozar de tales avances técnicos…

—Ese tal Kalutka debe ser una especie de nuevo Midas —comentó la rubia y opulenta Karin Stuart, que iba sentada junto a su

compañera Sally, cuidando en todo momento de ella con la solicitud de una hermana.

—Está podrido de dinero —rió Kraft—. Tiene industrias en América y en Europa. Se dice de él que es un zíngaro astuto y ambicioso, y quizá tenga razón.

—¿Es realmente zíngaro?

—Bueno, su sangre es centroeuropea, y la gente siempre saca partido de esas cosas. Su expedición a Transilvania, Moldavia y Bucovina, creo que costó millones. Y eso que era sólo un capricho de niño que pudo hacer realidad siendo adulto.

—Estamos llegando, señores —avisó el conductor del microbús, señalando ante él—. Vean, ésa es la finca del señor Kalutka. Lo demás, son bosques, jardines, cotos de caza y, como usted muy bien dijo, en aquella zona se alza la torre de su planta de energía solar. Éste es un pequeño gran imperio, después de todo. ¡Ah, y no se sorprendan demasiado cuando descubran las aficiones especiales del señor Kalutka!

—¿Aficiones especiales? —se extrañó Glenn Ivers.

—Sí —rió el hombre—. Tal vez sea zíngaro por su sangre y origen, pero parece árabe por sus gustos. Tiene, siempre, varias chicas. Todas son sus esposas, pero ninguna se ha casado, jamás con él. Son las más bellas, y le pertenecen.

—Vaya. La mezcla de un eslavo y un jeque. Es la primera vez que lo veo —rió Kraft de buen humor, saltando del microbús, junto con los demás.

Poco más tarde, una vez descargado el material, todos pasaban a presencia del dueño y señor del lugar, sirviendo Sax Bauman de introductor de las visitas. En el iluminado edificio central, auténtico palacio o castillo de estilo europeo donde residía el millonario; una cena realmente fastuosa estaba preparada para los visitantes.

Conocieron a Ernst Kalutka, el astuto y riquísimo hombre moreno, de ojos grises y piel velluda, así como a sus actuales huríes americanas, Laura King, Priscilla Hawkins y Lee Ralston. A Glenn le parecieron, simplemente, prostitutas de lujo para saciar los caprichos de su patrón, y nada más.

Fue al término de la cena cuando Kalutka, mientras se servía buen *brandy* a los caballeros y bebidas dulces a las damas, les miró sonriente y preguntó:

—Y bien, amigos míos, ¿qué tal si les muestro, ahora, el lugar único y portentoso que han venido a ver y a filmar con sus cámaras? Supongo que es lo que más ardientemente están deseando todos…

—¿Ahora? —Kraft pegó un respingo en su asiento y contempló a su anfitrión con ojos inquietos—. ¿Cree que es la hora más… adecuada, señor Kalutka?

El millonario se echó a reír, con sus brazos puestos sobre los hombros de dos de sus chicas, la rubia Priscilla y la morena Laura. Luego, asintió.

—Claro, amigos. No guarden temor alguno. Nada puede suceder, aunque sea de noche, se lo garantizo. Las cosas no son tan terribles como creen. Vamos, Sax nos llevará allí…

Sax Bauman tampoco parecía muy seguro de sí cuando inició la marcha, con una luz en su mano, a través de los frondosos jardines y los sombríos bosques que rodeaban la edificación central. Glenn observó, pensativo, el indudable nerviosismo que agarrotaba al secretario del magnate, y ello acrecentó su propia preocupación. Pero, como todos los demás, formó parte de aquella expedición, en la que también iban todas las mujeres, tanto las actrices de cine como las favoritas de Kalutka.

Tardaron varios minutos en llegar a un punto del bosque donde, en un claro circular, se alzaba un monumento funerario, de piedra gris, sin cruz alguna en su remate o en su acceso.

Era un panteón con una puerta enrejada, sellada y cerrada herméticamente, que sin duda, conducía a una cripta interior.

—Vean… —sonrió Kalutka, con un orgullo radiante, casi infantil —. Vean esto, por favor. Sax, esa luz. Proyéctala aquí… y que estos buenos amigos vean lo más fantástico que jamás conoció el mundo… y que me pertenece a mí. Sólo a mí…

La potente luz cayó sobre una losa de piedra gris, junto a la entrada a la cripta. En sobrecogido, silencio grupo, se aproximaron todos a la misma. Los ojos maravillados se fijaron en aquella piedra y en su increíble estremecedora inscripción. Sally tembló, fría como el mármol, acurrucándose contra Glenn, que la rodeó con su brazo protector.

—Dios mío… —la oyó susurrar—. Dios mío… No es posible… que exista algo así.

Kalutka la oyó. Y asintió, con una suave risa llena de orgullo y placer.

—Existe, señorita, existe. Ésta es la única y verdadera realidad que lo prueba. Le garantizo que lo que se encierra ahí dentro… es *exactamente* lo que ahí dice…

Glenn Ivers y los demás, no tuvieron fuerzas para responder. Sus ojos, una vez y otra, seguían las letras talladas en la piedra viva, en aquella inscripción espeluznante:

AQUI
REPOSAN
LAS
AUTENTICAS
CENIZAS

DEL
CONDE
DRACULA

TRAIDAS
DESDE
SU
TUMBA
EN
TRANSILVANIA

CAPITULO VII

—Drácula… ¿Cree, realmente, que es él quien…?

—No lo creo, amigo Kraft —negó vivamente el millonario Ernst Kalutka, alzando una mano enérgica y sacudiendo negativo su cabeza—. Es que estoy seguro. Lo sé.

—¿Sin lugar a dudas?

—Sin lugar a dudas. Poseo pruebas fehacientes de que son sus cenizas. Estaban sepultadas en una cripta secreta, entre Bistritz y Bucovina, tal y como lo relató el propio Bram Stoker [2]. Las ruinas de un viejo castillo protegían esa tumba oculta. Me costó mucho dinero dar con su emplazamiento. Un viejo aldeano me envió a un monasterio en las montañas, donde unos documentos que nadie podía leer me dieron la clave. Tuve que dar a los monjes, a cambio de ello, una crecida suma en concepto de donativo a su comunidad. Ya sabe: la iglesia nunca regala nada…

—Pero aun así, existe un margen para el error, para la duda… —argumentó Glenn Ivers, ceñudo.

Lo sé. Yo mismo dudé… hasta que vi la prueba contundente ante mis ojos.

—¿La vio, realmente? —Kraft y Glenn cambiaron una mirada súbita de asombro—. ¿Una prueba precisa, indiscutible?

—Eso es: una prueba indiscutible. Ya no pude dudar nunca más. Sé que él… sus cenizas… es Drácula. El terrible ser de la leyenda. La misma fuerza del Mal…

—¿Cuál fue esa prueba… si es que puede revelarla, señor Kalutka? —Era Glenn el que hacía la pregunta, mirando fijamente al millonario.

—Un monje me ayudó en ella, pero no sin antes adoptar precauciones. Derramamos sangre, sangre mía y de ese mismo monje… sobre las cenizas del arcón. Sangre de nuestras venas, abiertas para la ocasión. Apenas unas gotas tocaron esas cenizas…

ante mis ojos atónitos comenzó a configurarse la silueta de un hombre rígido, muy alto y flaco. Un rostro alargado, lívido, canoso y de expresión gélida… Fue apenas un instante. Inmediatamente, dejamos de verter sangre. El monje utilizó un espejo para reflejar la luz solar del exterior, que cayó sobre las cenizas… y éstas recuperaron su forma inicial, diluyéndose en la nada la sombre humana, no sin que un lejano, ronco grito de ira y de dolor, llegara claramente a nuestros oídos, sobrecogiéndonos. El monje me hizo jurar ante un crucifijo que jamás, bajo pretexto alguno, repetiría el peligroso experimento. Y así lo he cumplido y pienso cumplirlo. Por ello, ninguno de ustedes pisará la cripta, y, sí únicamente el exterior del panteón. Lamento hacerlo así, pero es mejor para todos.

—¿Por qué se le ocurrió la idea de albergar en su finca nada menos que las cenizas de un ser tan siniestro y terrible, señor Kalutka?

—Porque fue el sueño de toda mi vida. Quería conocer a esos monstruos de la fantasía, llegar a poseer lo que nadie posee: una reliquia de cualquiera de ellos. Y he aquí que me ha sido dado obtener la mejor de todas.

—Y quizá, también, la más terrorífica y alarmante de todas —comentó Kraft.

—Puede ser. Pero ¿no sucedería lo mismo si tuviera ahí, inmóvil y sin vida, al monstruo de Frankenstein, a una auténtica momia egipcia capaz de revivir con la lectura de un simple papiro, o al legítimo hombre-lobo esperando en una celda a que surja la luna llena en el cielo nocturno de Seattle, y pudiese romper las rejas y los muros, liberándose con todo su poder demoníaco?

—Usted ha vivido demasiados años atado a recuerdos de terror infantil, señor Kalutka —sentenció secamente Glenn.

—Quizá —sonrió el aludido—. Pero no todos los que guardan consigo esos temores de su infancia son luego capaces al llegar a adultos, de hacer realidad alguno de ellos, como yo lo he logrado.

—¿Y sabe usted lo que puede desencadenar el simple hecho de tener aquí esas cenizas? —terció Kraft, con gesto sombrío.

—Nada en absoluto, ya se lo dije —se encogió de hombros el millonario, con aire beatífico—. Nadie puede entrasen esa cripta. Nadie derramará sangre humana caliente sobre las cenizas, único modo de que Drácula reviva. De eso, me encargo yo. Están tomadas

toda clase de medidas de seguridad al respecto.

—Para humanos, imagino.

—¿Qué quiere decir? —Kalutka, ya francamente molesto, clavó sus grises pupilas en Glenn Ivers.

—Usted nunca habrá pensado que seres no humanos intentan penetrar en esa cripta, ¿no es cierto?

—Bueno, ¿qué otra clase de seres existe? —Rió Kalutka con acritud—. Ninguna alimaña podría hacer revivir a Drácula en su actual tumba.

—Pero sí podrían hacerlo… otros vampiros —señaló Kraft roncamente.

—¡Otros vampiros! —Rió Kalutka, sarcástico—. No existen. Sólo existió uno y lo tengo yo ahí. Lleva casi un siglo convertido en cenizas. No hay cuidado, estén seguros de ello.

—No podemos estarlo —dijo Glenn—. Hemos conocido a esos otros vampiros en nuestro viaje en tren desde Los Angeles, desgraciadamente. Y creo que venían hacia acá.

—¿Se han vuelto locos? —Les miró Kalutka, asombrado—. No tiene sentido…

Son mujeres. Mujeres-vampiro. Hermosas, pero implacables, siniestras… y llegadas de la tumba —apoyó Kraft—. La policía también lo ha comprobado. Un sargento de servicio en el tren sufrió el ataque de una de ellas. Una hermosa joven fue succionada y desangrada, para volver luego a la vida, convertida también en vampiro.

—Escuche, señor Kraft, ¿qué pretende? —Jadeó Kalutka, mirándole irritado— ¿preparar un escándalo publicitario para el lanzamiento de su película? Si es así, lamentándolo mucho, no le permitiré rodar en mi casa una sola escena de…

—Es usted quien debe escuchar, señor Kalutka —le cortó abruptamente Glenn, con una belicosidad sorprendente—. Se ha traído a los Estados Unidos a algo que no le es posible controlar, porque es la esencia misma del Mal, y alguien le ha seguido, sin duda, desde Europa, con el propósito de revivir a su amo y señor, el terrible conde Drácula. Ello significaría la resurrección de los vampiros.

—La resurrección de los vampiros… No, no, eso no es posible… —empezó a alarmarse Kalutka—. ¿La policía no ha encontrado

nada, a nadie que… que pudiera ser esa persona?

—No, a nadie —negó Kraft—. Ni siquiera a la mujer que se vampirizó, o a las que atacaron a viajeros del ferrocarril durante la última noche. Y eso que se registró todo, se revisó todo… Es como si hubieran volado, convertidas en murciélagos del Mal… o se hubiesen evaporado sin dejar rastro. Aquellos seres, que eran como hermosas criaturas de diabólica belleza, ávidas de sangre, esa galería del horror, digna de un museo maldito, están ahora sólo Dios sabe dónde y…

—¡El museo! —Aulló Glenn de repente, poniéndose en pie ante el asombro de todos—. ¡Eso es, por todos los diablos! ¿Cómo no se nos ocurrió antes?

—Glenn, ¿qué te ocurre? —se extrañó Kraft, mientras las miradas de todos los presentes se fijaban en él—. ¿He dicho algo especial?

—Sí, Warren, lo has dicho. Y yo, estúpido de mí, vi pasar a ese individuo, justo a nuestro lado… y no fui capaz de adivinar el resto… Es eso, no hay duda. Allí iban las mujeres-vampiro, podría jurarlo…

—Pero ¿adónde, Glenn?

—El Teatro del Horror. Un hombrecillo moreno, con aire eslavo, conduciendo unos embalajes, que anunciaban figuras de cera monstruosas… ¡Seguro que él es el hombre que viajó desde Transilvania, con su tétrica carga, para revivir al señor de los No-Muertos, al único Drácula existente en el mundo… y que ahora saben dónde se halla!

—¡Cielos, creo que tienes razón! —asintió Kraft, agitado, pálido —. Vi a ese hombre, sus embalajes con figuras de monstruos y mujeres sangrantes… Ni siquiera se me ocurrió… pero no hay duda de que en esas cajas van las mujeres-vampiro… y su nueva compañera, Ingrid Svenson…

—De todos modos, no podrán salvar los obstáculos —habló Kalutka, algo más inseguro ya en su tono y gesto, moviéndose inquieto en el asiento—. Lo detectaríamos en seguida, si esa cripta llegase a ser profanada y…

Fue como un trallazo de terror y de incertidumbre el que descargó repentinamente sobre los reunidos. Sally gritó, abrazándose, angustiada, a su compañera Karin, que la acogió

contra sí, oprimiéndola contra sus poderosos pechos. Los hombres lanzaron imprecaciones.

Una luz roja se acababa de encender en un ángulo de la amplia habitación. Simultáneamente, zumbó un estridente silbido. Luego, de repente, las luces se extinguieron por completo, y la oscuridad les envolvió.

—¿Qué significa…? —Jadeó Kalutka, en las tinieblas—. ¡Luz, Bauman, luz!

El secretario, rápidamente, encendió una lámpara de bolsillo, y también fósforos con los que prendió la llama de unas velas en un viejo candelabro situado allí, más como objeto decorativo que práctico, pero que ahora tenía su inesperada utilidad.

—¿Qué puede haber sucedido, señor? —Jadeó Sax Bauman—. Sonó la alarma del panteón… y luego se apagaron las luces.

—¡Un cortocircuito! —rugió su jefe, lívido—. Alguien ha entrado en la cripta… y se ha producido un cortocircuito en los sistemas de seguridad eléctrica de la zona. ¡Telefonea a los hombres de servicio, pronto! ¡Que acudan con sus armas!

—¿Y con balas de plata, también?, —preguntó tristemente Glenn —. ¿Ha pensado en eso, señor Kalutka, ahora que su monstruo predilecto puede volver a la vida?

La mirada de Bauman recorría en estos momentos la sala. Soltó una imprecación, y su jefe se volvió hacia él.

—Perdone, señor —musitó Sax—. Pero veo que falta la señorita King…

—¡Laura! —Los ojos de Kalutka, sobresaltados, recorrieron los rostros demudados del grupo de técnicos y artistas cinematográficos, así como las facciones trémulas y asustadas de la rubia Priscilla y de Lee, sus otras dos amiguitas—. ¿Dónde se ha metido ahora?

—Dijo que iba al jardín, a tomar el aire… —comentó Priscilla, alarmada—. Eso fue mientras ustedes hablaban de… de Drácula y sus cenizas, hace un rato… Nadie le hizo caso entonces.

—¡Laura! —El millonario miró, estremecido, a Kraft y a Glenn —. Si esas mujeres-vampiro caen sobre ella… pueden convertirla en una más.

—Algo peor que eso —sentenció sombríamente Glenn—. La sangre de esa chica puede servir para regar las cenizas malditas… y

dar vida a Drácula…

—Dios mío… —tembló el millonario, sobrecogido por primera vez—. ¿Qué podemos hacer?

—Creo que sólo existe una posibilidad —dijo Glenn—. Esperar a su gente armada, e ir con ellos al panteón.

—Lo siento, señor —dijo en ese momento Bauman, colgando el teléfono—. No responde ningún puesto de guardia. Ni siquiera el de la entrada. Algo les ha ocurrido a nuestros hombres…

—Entonces… —Glenn, pálido pero sereno, echó a andar hacia la puerta—. Señor Kalutka, no podemos perder tiempo. Vamos al panteón nosotros. Hay que obrar lo antes posible. Antes que sea demasiado tarde.

—Pero… pero son seres de otro mundo… No podemos atacarles… ¡Son vampiros! —gimió roncamente el millonario.

—Por supuesto. Lo sé mejor que usted. ¿No pensó en esto al traer aquí esa condenada reliquia del infierno? Pues ahora, afronte las consecuencias. Vamos. Hay que llegar a esa cripta… y que sea lo que Dios quiera. Por el camino, le diré algo que se me ha ocurrido. Es a la desesperada, pero… quizá resulte, no sé aún… —se volvió y miró a las mujeres—. Vosotras, no. Karin, Sally, quedaos aquí. Cerrad todo. No dejéis paso a nadie. Las dos amigas suyas, señor Kalutka, pueden también quedarse con ellas. Las cuatro mujeres unidas, estarán más seguras aquí que en la vecindad de esa horrible cripta…

—Sí, creo que sí. —Kalutka, roncamente, señalo un mueble—. Ahí tenéis armas, Priscilla. Pero sé que valen poco en este caso. Si algo sucede… Tomad el crucifijo de esa cámara vecina, donde está el reclinatorio medieval. Seria vuestra mejor arma, si está ocurriendo lo que me temo… ¡Vamos, señores, en marcha!

Y, resueltamente, Kalutka, su secretario Bauman y los técnicos todos de la compañía cinematográfica, con Andy Wellman, Glenn y Kraft a la cabeza, partieron hacia el sombrío jardín donde se alzaba el panteón destinado a las cenizas del conde Drácula, amo y señor de los No-Muertos.

Algo, dentro de su ser, decía a Glenn que tal vez era demasiado tarde ya. Que Drácula, una vez más, surgía de la tumba, redivivo, para sembrar el horror y la muerte a su paso…

CAPITULO VIII

La ceremonia estaba en su plenitud.

Era la más fantástica, tétrica y sangrienta ceremonia que podían presenciar ojos humanos. Sólo que allí no había más ojos humanos presentes que los de un hombre, un individuo pequeño, cetrino y de negrísimas pupilas centelleantes, llamado Bela Zolesku.

Y también, desde luego, los ojos de Laura King, la morena y exultante favorita de Ernst Kalutka. Sólo que ella ya no veía apenas, salvo sombras difusas que presagiaban su muerte, su entrada en el reino eterno de las tinieblas. Unas tinieblas que, para ella, serian infinitamente más terribles, ya que estaba condenada a una muerte en vida constante, siempre de noche, siempre en busca de sangre fresca para nutrir su insaciable sed.

Estaba vampirizada.

Y más que eso. Su cuerpo, enteramente desnudo, colgaba de una cadena del techo de la sombría cripta. Y de su vena yugular, hendida por dos afilados colmillos, la sangre chorreaba, en gruesos goterones, golpeando sorda, siniestramente, un grisáceo montón de cenizas que yacían bajo su cuerpo de hembra lujuriosa.

Y un milagro tenebroso, demoníaco, si milagro podía llamarse a aquel fenómeno ritual, estaba produciéndose bajo su colgante cabeza de lustrosos cabellos negros.

Las cenizas parecían hervir, bullir en una extraña forma de vida. Y en torno a ellas, mientras sus residuos se arremolinaban con un sonido sibilante y atroz, una figura sólida, material, compacta, se iba siluetando.

Una figura larga, estirada, rígida, huesuda… Un cuerpo enjuto, muy alto, un rostro anguloso, lívido y maligno, de labios apretados, de nariz halconada, de ojos cerrados, de largos incisivos asomando bajo la boca estirada… De ropajes negros, de capa enlutada de forro carmesí… empezaba a formarse, a moldearse en el vacío, como al

mágico conjuro de aquella goteante, generosa y caliente sangre joven que caía desde el cuerpo agitado de la agonizante muchacha.

El que se formaba paulatinamente, el que cobraba vida, su siniestra y terrible vida de amo y señor de los vampiros, era él… El aristócrata aterrador del corazón de los Cárpatos…

¡Drácula!

—Drácula, mi señor… —jadeaba Bela Zolesku, como sumido en trance, contemplando en un religioso silencio la imagen diabólica en que se estaba transformando la ceniza allí acumulada, en un viejo y oxidado arcón hasta entonces, y ahora en un largo paño rojo, extendido sobre la larga losa que formaba el centro de la cripta profanada por él y por sus *mujeres-vampiro*.

Porque también ellas estaban allí. Ellas, formando un semicírculo dantesco, a espaldas de Zolesku, testigos mudos e impasibles, lívidos y gozosos, de la resurrección del Señor del Mal, del vampiro que volvía al mundo en forma material.

Estaban allí las cuatro supuestas figuras de cera que llevaba Zolesku en su Teatro del Horror, procedente de Transilvania: Ilonka, Zarah, Dunia y Erika… Y también la rubia Ingrid Svenson, rígida estatua de marmórea y trágica belleza, ahora insensible a todo lo que significase sentimientos humanos, sólo pendiente del sacrificio atroz de aquella otra mujer vampirizada, cuya sangre devolvía la vida al conde Drácula y, a su vez, significaba, su entrada en el mundo de ultratumba de los No-Muertos.

—Mi señor… —proseguía Zolesku con voz fervorosa y mirada alucinada, erguido ante la forma que ya era totalmente material y tangible—. Ésta es la vida que te devolvemos, la que te fue arrebatada por tus enemigos. Que de esas cenizas tuyas, emerja de nuevo tu ser, tu existencia más allá del mundo de los vivos, y traiga el castigo para todos los que te combatieron ferozmente durante todos estos años, esforzándose por evitar que reinaras por encima de cuantos viven une miserable y limitada existencia, sometidos a los condicionamientos ridículos de sus normas, su rutina y su pretendida bondad. ¡Drácula, amo y señor de todos nosotros, vuelve a tu existencia eterna y derriba a quienes siempre quisieron verte aplastado y destruido! ¡Muerte a la Cruz, a la Fe de esos necios y a su falsa bondad de humanos! ¡Muerte a los que sólo deben ser manantial de sangre fresca para tu boca insaciable! ¡Éste es el

tributo que viene a rendirte tu vasallo Bela Zolesku!

Y ahora, sí.

Ahora, las cenizas eran ya una forma. Eran un cuerpo, un rostro, una envoltura corpórea que emergía del Más Allá, alimentada por los regueros de sangre joven vertidos por lo que ya no era sino un cuerpo vacío, desangrado, céreo y rígido, colgado de unas cadenas y unos garfios, sobre la tumba del Rey de los Vampiros.

Las *mujeres-vampiro*, en muda, sobrecogedora unción, caían de rodillas ante su amo y señor, el altísimo, severo, flaco e interminable Señor de Transilvania, el conde Drácula, cuyos ojos ardientes y oscuros se abrían ahora, para clavarse en su satánica corte de fieles servidores.

Luego, lentamente, se obró el prodigio.

Drácula comenzó a moverse. Se irguió. Estaba levantándose. Lenta, inexorablemente. Sus largas, pálidas, huesudas manos, sus dedos flacos, algunos de ellos con el destello sombrío de alguna gema preciosa, se desentrelazaron, apartándose del pecho donde su camisa de blanca seda cubría la piel aristocrática. La boca de delgados labios se entreabría. Asomaban dientes iguales, blancos, apretados. Y dos incisivos agudos, taladrantes. Los incisivos del vampiro. Los dientes de Drácula.

—Fuiste fiel conmigo, Zolesku —dijo fríamente a su servidor, inclinado ante él servilmente—. Y eso tiene un premio que te va a dar tu señor: la vida eterna…

Se inclinó sobre Bela Zolesku, el eslavo. Su boca besó el cuello del hombre al que debía el retorno a la vida. Pero no era un beso vulgar. Era el contacto frío de la muerte. Una muerte que significaba seguir con vida por la eternidad, pero condenado a succionar sangre ajena. Condenado a vagar por los siglos de los siglos, vampirizado por su amo y señor…

Zolesku no se resistió, aunque un estremecimiento de dolor y angustia le asaltó al sentir penetrar los colmillos de Drácula en su garganta. Era el sacrificio supremo ante su amo y señor. Éste succionó golosamente su sangre. Zolesku, agitado por una convulsión suprema de agonía, notó que la sangre huía de sus venas por aquellos profundos orificios. Que era la vida la que, a torrentes cálidos, escapaba como roja cascada, engullida por la sed eterna del vampiro.

Finalmente, Zolesku cayó a sus pies, exangüe. Lívida la piel, vacías sus venas. Sin vida. Pero era una muerte provisional. Todos sabían que, transcurrido un tiempo breve, volvería a la vida. A otra vida, más prolongada y fuerte: la vida de los vampiros, más allá de este mundo, entre la luz de la vida y la oscuridad de la muerte.

—Bien, mi fiel servidor… —Drácula se apartó de su víctima, los labios goteando sangre, los dientes enrojecidos, los ojos centelleantes de gozo. Se irguió en su interminable y tenebrosa figura. Su negra capa forrada de carmesí, revoloteó en torno a su larga silueta como las alas de un gigantesco murciélago—. Ya recibiste el soñado premio. Eres uno de los nuestros. Lo serás pronto, en pago a tus leales servicios. Habrás tenido el privilegio de ser mordido y desangrado por tu propio señor, por el Príncipe de las Sombras, por el conde Drácula en persona…

Rió con larga, agria carcajada. Alzó sus brazos, y con ellos la amplia capa negra, que trazó un revoloteo siniestro en el aire. Luego, se enfrentó a las mujeres diabólicas que formaban semicírculo ante él. Eran cinco *hembras-vampiro*. Cinco ávidas mujeres No-Muertas, deseosas de succionar la sangre de ajenas arterias.

—Venid —susurró con su ronca, profunda voz, de extraña autoridad, de gran poder hipnótico—. Venid, mis criaturas, mis mujeres todas… Venid. Vamos a iniciar la conquista del mundo. Pronto todo lo que nos rodea será nuestro. Un orbe de vampiros… El sueño de toda una existencia de siglos… Las mujeres-vampiros sois la mejor arma para dominar a los demás. Los hombres, pobres estúpidos, ceden ante la amorosa succión de una boca de mujer… que puede absorber algo más que su sensualidad… Vosotras llegaréis al paroxismo del placer humano, dando a esos hombres la cumbre de la voluptuosidad y del placer. Vuestra succión será, a la vez, sexualidad ardiente y muerte helada. Les haréis estremecer de gozo… para luego helar sus cuerpos, vacíos de sangre… ¡Adelante, mis mujeres hermosas! Vamos a por todos ellos. La victoria no se nos puede negar esta vez…

Y capitaneando a su demoníaco grupo de *mujeres-vampiro*, Drácula se encaminó hacia la salida de la cripta…

Las cinco hermosas damas, obedientes y sumisas, siguieron a su señor. Formaban juntos la más escalofriante y terrorífica de las

legiones imaginables, a pesar de su corto número…

En ese momento, Drácula lanzó un rugido. Se quedó rígido, contemplando con helados ojos al hombre erguido en la puerta de la cripta.

—¿Quién eres tú? —gritó con voz ronca.

—Glenn Ivers —dijo el recién llegado—. He venido a terminar contigo, conde Drácula…

Y alzó en vilo una pesada cruz de hierro y pedrería, una reliquia de la cripta, arrancada del exterior. La luz de unos candelabros —y lámparas, a su espalda, proyectaron la sombra de la cruz sobre Drácula y sus cinco *mujeres-vampiro*.

Ocurrió algo aterrador.

Drácula, alcanzado de lleno por la sombra que proyectaba aquella gran Cruz sostenida por Glenn, soltó una larga, agria carcajada.

Y no sucedió nada. Absolutamente nada.

¡Drácula y las Mujeres-Vampiro podían soportar la presencia de la cruz sin ser destruidos!

CAPITULO IX

Tras de Glenn Ivers, hubo un revuelo de terror. Andy Wellman, Ernst Kalutka, Warren Kraft… Todos revelaron su miedo y su sobresalto, claramente, Retrocedieron asustados, mientras Drácula continuaba riendo, implacable.

Glenn se mantuvo sereno, la cruz en vilo, como esperando un milagro que ya no podía producirse. Drácula, majestuoso, aristocrático y terrible, avanzó hacia él. Había arrogancia, apostura y poder en aquella figura altísima y elegante, en torno a la cual oscilaban los pliegues de la negra capa.

—Lo lamento, seas quien seas —dijo con voz sibilante, complacida, sus negros ojos fulgurando perversos—. Cometiste un grave error al enfrentarte a mí, confiado en el mágico poder de esa cruz que llevas contigo. Es el símbolo de vuestra fe y de vuestro Dios, pero un símbolo, a veces, no basta. Y no tienes otra arma. A través de los siglos, hemos luchado por enfrentarnos a esa cruz con posibilidades de triunfo. Del mismo modo, hemos combatido el poder repelente de los ajos. Es otra de las armas que ya no os sirven. Nosotros, los vampiros, hemos fortalecido y crecido ante los emblemas de vuestra Fe, por una razón muy simple: porque vosotros mismos ya no tenéis Fe. La Fe es lo que puede salvar al hombre, y creo que todos la habéis perdido hace tiempo. Vivís una época en que la cruz nada significa ya para vosotros. Tu mundo no es el mío, el que yo conocí en otros tiempos. Entonces, la gente rezaba y creía. Su Fe, su Amor a su Dios, les salvaba de las amenazas de la oscuridad. Ahora, esa cruz que esgrimes ya no es apenas nada para el hombre. Los pueblos no creen, las gentes no respetan a su Dios ni practican su propia religión. Os habéis convertido en un mundo de perversos, de viciosos, de degradados y corrompidos, de políticos viles, de gobernantes sucios, de ideologías deshumanizadas y sin espiritualidad, de sociedades podridas, de

religiosos que traicionan sus propios juramentos y principios, de creyentes que dejaron de creer, de naciones que desaprecian su herencia espiritual, de pueblos indignos de sobrevivir cuando todo lo condicionan al bien inmediato, material, y que se entregan al sexo, a la violencia, al odio y a la negación de todo principio moral. En un mundo así, nosotros tenemos, por fuerza, que prosperar y triunfar. No luches. No vale la pena. No es tiempo de héroes. No es época de sacrificios. Es momento de ceder, de traicionar, de engañar y de corromperse. Es lo que vale en vuestra sociedad actual. Es lo que estaba yo esperando, para triunfar. ¿Qué daño puede causarme vuestra cruz, cuando ni vosotros mismos creéis en ella y en su valor, salvo cuando pensáis que es vuestro único asidero para salvaros de lo irremediable? Y para eso, desgraciadamente, es tarde ya. Muy tarde para todos vosotros. Es el momento de que triunfe el mal. Y el mal somos nosotros, por paradójico que te parezca. Quizá por vuestro absurdo maniqueísmo, somos nosotros el símbolo de lo perverso, cuando cualquiera de vosotros es infinitamente peor y más vil que todos nosotros… Dejad paso. Éste es vuestro fin. Es tiempo de sangre y de muerte para el mundo… Y nosotros somos la muerte, a cambio de vuestra sangre…

Avanzó, con terrible autoridad, hacia la salida de la cripta. Sus tremendas palabras, cargadas de amenazas pero también de reproches y de censuras hacia un mundo que, quizá, no mereciera ser defendido de su suerte, parecían resonar aún en la cripta del monstruo, donde sus cenizas reposaran, esperando este momento triunfal para el conde Drácula.

Y entonces, justamente entonces, cuando la derrota de los hombres parecía segura, cuando la suerte del mundo estaba echada, ocurrió lo inesperado, lo impensable, sobre todo para Drácula y sus hermosas siervas.

En plena noche, bajo un cielo oscuro, estrellado, propicio a la vivencia de los vampiros, ocurrió el milagro. El gran prodigio que podía, en un principio, atribuirse al mismo Dios, en respuesta a la rebeldía de Drácula por ceder ante la cruz.

El cielo todo se iluminó. Un resplandor vivísimo, de día pleno, de sol radiante, invadió el boscaje y los jardines; alcanzó el panteón, inundándolo de claridad dorada, cegadora, y entró a raudales dentro de la cripta, envolviendo a las figuras allí reunidas

en un auténtico torrente de claridad diurna.

¡Había amanecido en plena noche!

Un sol de fuego, cálido y luminoso, brotaba como por arte de magia de todos los puntos del vasto jardín. Un sol deslumbrante, cegador, en el que, súbitamente, la enlutada figura del conde y de sus siervas femeninas, parecieron iniciar un bailoteo grotesco, mientras sus formas todas parecían desmoronarse, disolverse, en un caos increíble.

La lividez de rostros y manos se volvía, de pronto, cenicienta, la piel se hacía escamas que volaban, los ojos se disolvían, hechos agua purulenta, la carne era primero putrefacción, gusanos y hedor, para luego agitarse en cenizas y pavesas, las ropas se hacían jirones, envejeciendo siglos en unos momentos… Y, finalmente, todos los cuerpos, Drácula y sus cinco mujeres diabéticamente hermosas, ya no eran sino cenizas y esqueletos, agitándose en medio de las ráfagas de un viento trágico de siglos, que los barría y agitaba por las losas heladas de la cripta.

—Después de todo… lo logramos —jadeó Glenn, apoyándose de espaldas en el muro, estremecido de horror y de esperanza también ante aquel dantesco final que sus ojos tenían el privilegio de presenciar—. Una vez más, el mal está vencido… Dios ha sido superior, aunque quizá, como él dijo, no nos lo merecíamos… Pero el milagro fue posible…

—Glenn… ¿qué significa esto? —susurró Kraft, mientras el millonario, de rodillas, oraba y daba las gracias al cielo—. Esa luz, este sol… en plena noche. ¿De dónde vino? ¿Qué milagro es éste?

—Ningún milagro, Warren —sonrió amargamente Glenn, volviéndose hacia el jardín—. Mira: allí regresa Sax Bauman. Cumplió su misión, la que el señor Kalutka y yo le encomendamos…

—Y esa misión… ¿cuál era? —tartajeó Kraft.

—La batería de energía solar… ¿Entiendes, Warren? Se me ocurrió mientras veníamos hacia acá. Si todo fracasaba, la luz del día no podía fallar… Y teniendo un espejo de energía solar, no era difícil concentrar la energía acumulada, conectarlo de súbito… e inundar de luz diurna, de sol acumulado en sus baterías, la zona toda. Así se hizo. La batería ha quedado totalmente descargada, pero valió la pena. Seguramente Drácula confió demasiado en su

poder, en la falta de espiritualidad y fe de codos nosotros, los humanos. Pero no contó con que aún tenemos algo menos espiritual, aunque quizá tan efectivo como la cruz cuando se maneja a tiempo: la técnica de nuestra época.

—Luz solar en plena noche… —susurró Kraft—. Eso era lo último que Drácula podía imaginar… Después de todo, él lo dijo: ésta no era ya su época.

—No, no lo era. Pero tuvo razón en algo. —Glenn fue hasta las cenizas. Las miró larga, sombríamente—. Me pregunto si no acertó cuando nos acusó de tantas y tantas cosas de las que todos somos culpables. Porque no todo puede resolverse con la técnica, Warren. No todo depende siempre de nosotros. Yo, personalmente, tuve fe. Además de enviar a Sax Bauman a que activara a toda potencia la torre de energía solar… recé. Sí, recé. Y pedí al Señor ayuda para todos nosotros. Nunca sabré si, realmente, esto funcionó bien porque la batería solar no era cosa que Drácula pudiese prever… o porque, después de todo, siempre queda alguien entre los hombres que sigue confiando en Dios y pidiéndole aquello que sabe que no puede alcanzar por sí mismo…

Luego, lentamente, salieron de la cripta. Kalutka le miró, patético.

—¿Qué… qué debería hacer, ahora, con esas cenizas, con esta cripta? —jadeó.

—Creo que su anhelado sueño infantil es demasiado peligroso —suspiró Glenn—. Si las cenizas siguen ahí, cualquier día puede repetirse el hecho y tener menos suerte que ahora. Créame: destruya esta cripta. Y avente las cenizas lejos, muy lejos de aquí. Al cielo, al mar… Bien dispersas.

—¿Sin peligro de que jamás lleguen a reunirse de nuevo? —Dudó Kraft.

—No sé —confesó Glenn Ivers—. Con seres como Drácula, nunca se sabe nada seguro, pero… al menos intentemos que su resurrección futura sea imposible. Y, sobre todo, confiemos en Dios para que el mal no llegue nunca a triunfar en nuestro mundo.

—Sí —musitó Kalutka—. Así se hará, Ivers. Y que Dios nos ayude…

Volvieron a la casa tras preparar todo para aventar las cenizas malditas a los cuatro puntos cardinales desde algún promontorio de

la costa del Pacífico. Pero en la casa les esperaba la última y terrible sorpresa.

Fue Karin, sollozando, quien se refugió en el pecho de Glenn Ivers, palpitantes sus firmes curvas por el llanto y la emoción, quien informó al joven actor del suceso:

—¡Oh, Glenn, fue horrible…! ¡Realmente horrible…! —susurró—. Cuando esa luz lo invadió todo, cuando el sol pareció salir en plena noche y estallar en claridad… Sally lanzó un alarido largo, espantoso, se cubrió el rostro… Y cayó ahí, justamente ahí, Glenn…

Glenn Ivers miró a la alfombra del salón. Un escalofrió agitó el cuerpo del joven actor. Instintivamente, comprendiendo el horror sufrido y vivido por la joven y rubia Karin, la apretó con mayor fuerza contra sí, hasta que los dorados cabellos tocaron sus labios, y los fuertes y poderosos pechos de la actriz se apretaron en su torso, amenazando estallar por encima de su descote.

En la alfombra, de Sally Roberts, la pelirroja y bella muchacha, heroína de sus películas de terror, tantas y tantas veces, sólo quedaban unas cenizas siniestras entre jirones de ropas sangrantes…

¡Sally había sido también otra de las *mujeres-vampiro*!

Vampirizada quizá por la mordedura sufrida en el tren Los Angeles-Seattle, su *vampirización* era lenta, progresiva, oculta…

Y la luz solar de la batería energética había revelado ese espantoso hecho con total nitidez, aniquilando a la que ya ni siquiera era una mujer, una criatura viva, humana…

—Dios mío… —gimió Glenn, demudado—. Pobre… Pobre y querida Sally… También ella… fue víctima del horror… y se fue con él para siempre…

Un soplo de brisa nocturna, llegando de más allá de las puertas-balcón abiertas al jardín, agitaron las cenizas de Sally Roberts, última víctima de la maldición ancestral de Drácula, el siniestro aristócrata de Transilvania que, en mala hora, trasladara un millonario caprichoso, en pleno siglo XX, hasta su residencia en los Estados Unidos, dentro de un arcón.

Glenn besó los cabellos y las mejillas de Karin, tratando de darle alientos. La muchacha sollozó, apretándose a él con fuerza.

Y Glenn supo que había amado casi instintivamente a Sally.

Glenn supo en ese momento que la había perdido para siempre.

Pero que allí, entre sus brazos, otra mujer parecía necesitar de su aliento, de su fuerza, de su protección. Una mujer que en las películas era siempre agresiva, fuerte y decidida.

Eso era sólo en las películas, ante monstruos dé guardarropía, vampiros y espectros creados por un maquillador, y escenarios tétricos de cartón-piedra. La realidad era otra cosa.

Y en la realidad, Karin Stuart era sólo una mujer. Una mujer asustada, necesitada de comprensión y ayuda.

Glenn supo que ella confiaba en él. Que le pedía protección.

Al sentir sus manos recorrer amorosa y fuertemente aquellas sinuosas formas de mujer que temblaban bajo sus caricias, supo también que podía confiar Karin en él. Y que sería una tarea agradable y confortable cuidar de aquella hermosa muchacha rubia, ahora que Sally se había ido para siempre de sus vidas y de este mundo salvándose, por fortuna, de una vida más allá de la tumba, condenada a vivir de la succión en las venas de los demás, durante una eternidad de pesadilla…

—Calma, Karin, querida… —susurró, acariciando sus mejillas, apretándola contra sí, con fuerza—. Calma. Ya todo pasó… para no volver jamás.

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] Tenga en cuenta el lector que en todo momento se alude aquí al estado de Washington, situado al noroeste de los Estados Unidos, y fronterizo con el Canadá, y que no debe confundirse con Washington, D. C., capital federal de la nación, situada radicalmente distinta, al Este del país. <<

[2] Abraham Stoker, escritor irlandés que se hizo mundialmente famoso cuando en el año 1897, tras una buena carrera como periodista, publicó su obra Drácula, donde se mencionan los lugares aquí citados, como morada del conde Drácula. (N. del A.) < <